

Don

Francisco de Quesvedo

Sanz

Calle de Preciados, núm. 23.—Madrid

HISTORIA POLÍTICA Y DIPLOMÁTICA

desde la independencia
de los Estados Unidos hasta nuestros días

(1776-1895)

POR

DON JERÓNIMO BECKER

Esta obra, que acaba de ponerse á la venta, contiene en amplio y fiel extracto los principales tratados; examina con imparcialidad la historia de éstos, señala sus defectos y expone con minuciosos detalles lo referente á las relaciones exteriores de España, siendo, por tanto, de gran interés para conocer de un modo exacto el aspecto diplomático de la cuestión cubana.

Un tomo en 4.º, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPIACIÓN

DE LAS

LEYES DE LOS REINOS DE LAS INDIAS

mandadas imprimir y publicar

POR

LA MAJESTAD CATOLICA DEL REY CARLOS II

Quinta edición, corregida y aprobada por la Sala de Indias del Tribunal Supremo de Justicia, con la aprobación de la Regencia provisional del reino.

Cuatro tomos en folio, 50 pesetas.

BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

Colección completa de todos los tomos publicados por esta sociedad, de que se hallan la mayor parte agotados.

Van publicados 38 tomos en 4.º—Precio, 900 pesetas.

También hay tomos sueltos.

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y segundas varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camocci

Un tomo en 8.º en cartóné.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO

DICCIONARIO DE LA RIM

ordenado en presencia de los mejores publicistas hasta el día, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos á pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓ

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBROS

con un APÉNDICE que comprende el arte de conseguir el mejor aprovechamiento de las sobras, las recetas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutos de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones algunas fórmulas completamente nuevas.

Un tomo en 4.º de 1.040 páginas.—Precio, 5 pesetas.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO.

DRAMA EN CUATRO ACTOS

SU AUTOR

DON EULOGIO FLORENTINO SANZ.

QUINTA EDICION.



N.º 90.

SALAMANCA:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE OLIVA, RUA, 25.

1862.



A don G. Mazaruela Cortes.

Al frente de mi primer drama debe aparecer el nombre de mi primer amigo: por eso doy al tuyo la preferencia.

Madrid, Febrero de 1848.

E. Florentino Sanz.

Yo soy aquel mortal que por su llanto
Fué conocido, mas que por su nombre
Ni por su dulce canto,

QUEVEDO, *Musa VII.*

Esta obra es propiedad del DON JOSÉ GARCIA DE SOLIS que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título ó represente en algun teatro del reino ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribución pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas,

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada, que distingue á los legítimos,

PERSONAJES.

ACTORES.

D. FRANCISCO DE QUEVEDO.	D. JULIAN ROMEA.
MARGARITA DE SABOYA.	DOÑA MATILDE DIEZ.
LA REINA.	DOÑA TEODORA LAMADRID.
EL CONDE DUQUE DE OLIVA- RES.	D. PEDRO SOBRADO.
DOÑA INES.	DOÑA MARÍA CÓRDOVA.
DON JUAN DE CASTILLA.	D. FLORENCIO ROMEA.
DON PABLO MENDAÑA.	MARIANO FERNANDEZ.
MEDINA.	LÁZARO PEREZ.
EL MARQUES DE LA GRANA.	ANTONIO GONZALEZ.
UN CAPITAN.	PATRICIO SOBRADO.
UN ALCALDE DE CASA Y CORTE.	LORENZO UCELAY.
UN UGIER.	JUAN FABIANI.

RONDA DE CAPA, GUARDIAS, DAMAS, MENINAS, CABALLEROS,
PAJES, ETC.

La escena pasa en Madrid, año de 1643.

ACTO PRIMERO.

Noche.—Una plazuela que se supone ser la de san Martin conforme estaba en la época del drama. A la izquierda, en primer término, la fachada y grade-
ría del templo: en segundo una calle, y otra en el fondo, que parte casi en
la misma direccion. A la derecha en segundo término, otra calle que cae en-
frente de la de la izquierda: en primero, una casa con puerta y balcon prac-
ticables, y delante de la casa una imágen en su nicho sobre la pared, alum-
brada por un farolillo, única luz que hay en la escena,

ESCENA PRIMERA.

MENDAÑA.—CASTILLA.—GRANA, que al levantarse el telon aparecen mirando
con curiosidad á varias damas, que á su espalda se dirigen hácia el templo
todas con el velo levantado. Con las damas se verán tambien algunos ca-
balleros.

CAS. ¡Todas sin manto!

MEND. Mejor.

CAST. No digais eso, Mendaña;
siempre el manto fué en España...

MEND. Tapa enre-dijos de amor.

GRANA. Si antes fueron permitidos
los velos...

CAST. Sigán como antes
para bien de los amantes...

MEND. Para mal de los maridos.

GRANA. Vos, por lo visto, don Pablo.
dado sois al matrimonio.

MEND. No diré que no.

CAS. ¡Demonio!

- MEND. No diré que sí.
- CAS. ¡Pues, diablo!
Direis... ¡qué se yo!
- MEND. Quien forme
otros juicios mucho hierra;
que al fin y al cabo en la tierra
todos es... segun y conforme.
- GRANA. ¡Ah ya...
- CAST. No os entiendo aun.
- MEND. Todo en el mundo es mejor.
- GRANA. ¿Todo, decís?
- MEND. Sí, señor;
todo, conforme y segun.
- GRANA. De lo que decís infiero...
- MEND. Que es mejor vivir casado.
- CAST. Mas yo en limpio habré sacado...
- MEND. Que es mejor vivir soltero.
- GRANA. ¡Gran sentencia!
- CAST. ¡Gran sandez!
- GRANA. Tal razon me deja mudo.
Siendo viudo...
- MEND. ¡Ah! para el viudo
lo mejor es la viudez.
- GRANA. (Riéndose).
¡Profunda filosofia!
- MEND. Por profunda y verdadera
es mejor que otra cualquiera.
- CAST. Si la escede en mejoría.
- MEND. ¡Es verdad!
- CAST. Teneis razon.
¡voto á veinticinco santos!...
pero volviendo á los mantos,
que es aquí nuestra cuestion...
- GRANA. Nadie á comprenderlo acierta.
Cual si fuesen á sus bodas,
andan hoy las damas tódas
con la cara descubierta.
- MEND. Es que el rey lo manda así.
- CAST. ¿Mas por qué lo manda el Rey?

- MEND. Yo no interpreto su ley.
CAST. Corren voces por ahí...
Lo diré pronto y clarito.
Esa injusta ley...
MEND. ¡Prudencial!
Su Magestad...
CAST. Su Escelencia.
MEND. Díola el Rey...
CAST. No; el favorito.
MEND. Es lo propio, según creo.
CAST. Sí... Olivares...
MEND. ¡Gran señor!
CAST. Pues, os protege...
MEND. Mejor.
CAST. Ese sí que es mejoreo.
Pero volviendo á Olivares;
él, que al soberano engaña,
le arrancó ley tan estraña
por fines particulares.
MEND. Es un falso testimonio.
CAST. No: tan ridícula ley...
MEND. Díola en servicio del Rey.
CAST. O en servicio del demonio.
No conspiran las tapadas,
y esa ley es singular.
MEND. (Con calor).
La mejor para evitar
enredos y cuchilladas.
CAST. (Colérico).
¡Vive Dios!...

ESCENA II.

DICHOS. QUEVEDO.

- QUEV. (Entrando por la derecha).
Paz, caballeros,
No haya duelo ni quebranto,

ni en noche de Jueves Santo
se ensangrienten los aceros.

GRANA. ¡Noble cisne de Madrid!

QUEV. ¡Cisne pues!.. El de Guzman
dice que soy alcotan.

GRANA. ¡Oh venid acá venid.

¿Qué hay de nuevo por la córte?

QUEV. ¿Por Madrid?

GRANA. No; por palacio.

QUEV. No sé nada.

GRANA. ¿Qué rehaciol

QUEV. Nada, que á nadie le importe.

Pero cuando aqui llegué,
percibi en frases cortadas
no se qué de cuchilladas.

CAST. ¿Con que oísteis?...

QUEV. No sé qué.

GRANA. Eran Castilla y Mendaña
disputando con calor
que esa ley...

MEND. Es la mejor.

CAST. La peor que hubo en España.

QUEV. ¡Cómo! ¿Hablais sobre los mantos?...

Eso es andar por las ramas.

CAST. Tal rigor contra las damas...

QUEV. Nos descubre sus encantos.

No os pareis en frioleras.

Tal negocio no es de Rey,

ni de ministro... Esa ley

es cuestion de costureras.

GRANA. ¡Bien dicho. bien!... Pero ya
ruido en el templo se siente:
las tinieblas...

MEND. Ciertamente.

Vamos, señores allá.

QUEV. Vamos, pues.

CAST. (Aparte).

Quevedo oid.

ESCENA III.

QUEVEDO.—CASTILLA, que le detiene cuando se dirigia al templo.

QUEV. ¿Qué es lo que tanto os agita?

CAST. ¡Oh! La infanta Margarita
vino ayer tarde á Madrid.

QUEV. Pero entonces, ¿dónde está?
En palacio, no.

CAST. Lo sé.
Donde Olivares esté,
nunca la infanta cabrá.

QUEV. Mas ¿quién vino en su compañía?

CAST. Sola de Ocaña se huyó,
¿y sabéis por qué?... Por no
morirse de hambre en Ocaña.

QUEV. Es imposible.

CAST. ¡Por Cristo!...

Yo os juro que vino ayer,
y que entró al anochecer,
y que mis ojos lo han visto,

QUEV. Equivocacion, don Juan.

CAST. Yo sé bien que se halla aquí;
pero tengo para mi
que otros tambien lo sabrán.

Olivares vive alerta;

teme que aborten sus tramas.

Tal vez... ¿Quién sabe?... Hoy las damas.

(Con intencion).

va con la faz descubierta.

(Entra en el templo).

ESCENA IV.

QUEVEDO.

Ella es sin duda... Castilla
dice que se huyó de Ocaña...—

Cierto: ayer entró en la córte,
y hoy me dirige esta carta.
Diómela con tal misterio
aquel hombre de la capa...
Ni se descubrió el embozo
ni me dijo una palabra.
De ella es sin duda...—Imposible...
No; la duquesa de Mántua,
del gran Feiipe Segundo
nieta; del Rey prima hermana;
la que en Portugal vireina
fué tambien; la ilustre infanta
Margarita de Saboya...
no, no puede ser lá dama
que me escribe. . Sin embargo...
ella es hoy bien desgraciada...
—Y aun asi, yo ¿qué podria
para endulzar su desgracia...
El pensarlo fué quimera...
Mas ¿de quién es esta carta?..
¿De quién?... Cuánto mas la leo,
menos mi mente lo alcanza.

(Leyendo á la luz del farol). «Una dama ilustre, á quien
»vos conoceis y que os estima en mucho, ha me-
»nester hablaros esta misma noche. Estad en San
»Martin y la vereis al fin de las tinieblas. A pesar
»de la prohibiciou de los velos, irá rebozada y en-
»cubierta, porque la importa no ser de nadie co-
»nocida y por que vos la conozeais. Su nombre os
»dirá ella misma. Adios.»

(Durante la lectura de la carta. Medina se asoma al balcón y des-
pues de observar á Quevedo desaparece).

Su nombre... su nombre... Cierta...

Margarita... Si, la infanta...

¡Ella en Madrid!—¡Oh! Castilla
dice que se huyó de Ocaña...

Sí... ya sabrá el Conde-duque
su venida... y para hallarla,
quiere que desde hoy sin velo

anden por Madrid las damas..
¡Cuánto la aborrece ese hombre!
(Mira la carta).

ESCENA V.

QUEVEDO.—MENDAÑA, que sale del templo.

MEND. Quevedo... ¡Mas calla, calla!
¡Componeis versos?... ¡Por vida!
Vamos, ya entiendo... ¡Una sátira!
¡Ah, mejor, mejor!

QUEV. (Imbécil).

MEND. Llenos estarán de gracia
picante... Vamos; leedme...

QUEV. ¡No me buscábais. Mendaña?

MEND. Ciertamente: las tinieblas
dieron principio: y la Grana,
Castilla y demas amigos,
notando vuestra tardanza...

QUEV. Vamos pues.

MEND. Si; mas primero
leedme.

QUEV. Ved que me aguardan.

MEND. Bien; pero despues...

QUEV. Despues...
(Dirigiéndose al templo y con conviccion).
(Es la duquesa de Mántua).

ESCENA VI.

OLIVARES que ha estado en la esquina de la derecha y con el embozo á la cara durante la escena anterior.—Después MEDINA.

OLIVAR. Gracias á Dios que me dejan
libre un momento la plaza.
(Llamando á la casa de la derecha).
¡Medina!

MEDINA. (Saliendo).

¿Señor?

OLIVAR. La hora

llega.

MEDINA. La espero con ansia.

OLIVAR. ¿Los has conocido?

MEDINA. A todos.

OLIVAR. ¿Qué hablaron?

MEDINA. Con la distancia

no he conseguido cazarles

ni siquiera una palabra.

OLIVAR. Bien poco me importa.—Quevedo.

MEDINA. Leyendo estuvo la carta.

OLIVAR. ¿Será la misma?

MEDINA. Sin duda.

No habrá conocido nada.

Luego que vos la leísteis,

volví de nuevo á cerrarla,

y al punto se la entregaron

como si estuviese intacta.

¡Oh! Con tan buenos espías...

No hay que interceptar las cartas,

cuando el mismo que las lleva

se encarga de interceptarlas.

OLIVAR. Está bien. Cuando del templo

la dama del manto salga...

Ya lo sabes...

MEDINA. Ciertamente.

Mas si alguno la acompaña...

OLIVAR. La sigues y...

MEDINA. Ya, ya entiendo:

en cualquier calle escusada...

OLIVAR. Discrecion y mano firme.

MEDINA. Podeis rezar por su alma.

OLIVAR. Golpe seguro.

MEDINA. Seguro

lo llevó Villamediana.

OLIVAR. Pero aun pudo en su agonía

escribir cuatro palabras

con su propia sangre, y pudo perdernos.

MEDINA. Pero, á Dios gracias, el escrito á vuestras manos fué derecho y...

OLIVAR. No fué mala suerte el que yo aquella noche como un alcalde rondara, cuando se halló su cadaver, tendido junto á las tapias, cerrando el papel sangriento entre sus manos crispadas.

MEDINA. Pero nunca me habeis dicho lo que en él Villamediana escribió al morir.

OLIVAR. Medina. eso ya no importa nada. Lo que importa es que esta noche no escriba tambien la dama...

MEDINA. No dirá Jesus...

OLIVAR. Confio...

MEDINA. Podeis tener confianza.

OLIVAR. Pues á palacio en seguida: mira que aguardo con ansia.

MEDINA. Grande es sin duda el servicio.

OLIVAR. No será menor la paga.

(Medina á una señal de Olivares, saluda y entra en la casa)

ESCENA VII.

OLIVARES.

¡Dura pension del poder!...
¡Oh! luchar... ¡siempre luchar!
¡Enemigos por do quier!...
Mas no es fácil sorprender
á quien se empeña en velar.
Tú, con tu ardid estás hoy,
noble Duquesa, en Madrid,

pero yo tambien estoy
y han de luchar, por quien soy,
el ardid contra el ardid.
Quisiste, al dejar á Ocaña,
decir al Rey, por mi mal:
«Miente Olivares... Te engaña!
Por su culpa el Rey de España
no es ya Rey de Portugal.»
¡Débil incauta mujer!...
vanos tus intentos son;
y muy pronto hemos de ver
si me arrancas el poder
ó te arranco el corazon.
(Se dirige al fondo).

ESCENA VIII.

OLIVARES.—MARGARITA por el fondo y con el velo echado.

MARG. (Como con susto al encontrarse con Olivares)
¡Ah!

OLIVAR. (Dejándola paso).
Señora, perdonad.
(¿Con velo?... Es ella).

MARG. Id con Dios.

OLIVAR. Yo me holgara de ir con vos.

MARG. Pláceme la soledad.

OLIVAR. Débeos ser muy halagüeña
esa soledad, señora,
cuando por aqui á tal hora
vais sin rodrigon ni dueña,
Mas, ya entiendo: alguna cita...

MARG. Adios, que se me hace tarde,

OLIVAR. Un momento.

MARG. (Dirigiéndose al templo).

Dios os guarde.

OLIVAR. (Despues de una pausa).

(¡Oh, qué idea!) ¡Margarita!

(Margarita que empieza á subir las gradas vuelve al punto la cabeza).

Bien! acerté vuestro nombre.

MARG. (¡Gran Dios!)

OLIVAR. ¿Vais á San Martin?

Ya dan las tinieblas fin.

No vayais.

MARG. (Dando algunos pasos hácia Olivares).

¿Quién es este hombre?

OLIVAR. (Adelantándose).

¿Os habeis quedado muda?

MARG. ¿Quién soy vos?

OLIVAR. Nada os importe:

soy... un cualquiera en la córte.

MARG. ¿Conoceis!...

OLIVAR. Si, á cierta viuda,

conocida en toda España,

que en secreto...

MARG. (Con turbacion).

Proseguid,

OLIVAR. Vino ayer tarde á Madrid.

MARG. ¿Desde dónde?

OLIVAR. Desde Ocaña.

MARG. (¿Gran Dios! Soy perdida!)

OLIVAR. (¡Oh! ¡Cuánto,

cuánto con su angustia gozo!)

MARG. (Con imperio).

Echad abajo el embozo.

OLIVAR. Cuando echeis atrás el manto.

MARG. ¿Y os atreveis?...

OLIVAR. Damas mil

van hoy sin velo; es de ley;

ved que lo ha mandado el Rey.

MARG. (Con ironía)

¿Sois por ventura alguacil?

OLIVAR. Soy, señora un poco mas:

un hombre que vé y observa,

que siente crecer la yerba;

soy...

MARG. ¡El mismo Satanás!

OLIVAR. (Riéndose).

Bien decís.

MARG.

(El es... ¡Ay Dios!
¡quién otro pudiera... quién!)
Hidalgo. os conozco bien.

OLIVAR.

Bien os conozco. yo á vos.

MARG.

Causá sois de mis pesares...

OLIVAR.

Mi nombre...

MARG.

¡Nombre maldito!

(Con desprecio).

Os llamais.. el favorito...

OLIVAR.

(Desembozándose).

Conde-duque de Olivares.

MARG

(No me engañé... ¡Siempre ese hombre!

OLIVAR.

Algo suspensa os dejó
mi nombre.

MARG.

(Me insulta, ¡oh!...)

Yo desprecio vuestro nombre.

OLIVAR.

Nadie le humilló en el mundo:
nombre es que España respeta...
¡Quién no teme?

MARG.

(Descubriéndose con arrogancia).

¡Yo!... La nieta
del gran Felipe Segundo.

OLIVAR.

(Saludándola con ironía).

Dama de la sangre real
que altas prendas atesora,
por el Rey gobernadora
del reino de Portugal.

MARG.

(Con amargura).

Algun dia...—Ya hace meses,
que el Rey mi primo y señor.
no tiene gobernador
en dominios portugueses.
Allí fuimos soberanos;
mas, gracias á vos, despues
ese reino portugués
se nos fué de entre las manos.
¡Y por eso Margarita
sufre tantas penas hoy!...

OLIVAR. (Como esquivando la conversacion)

¿Vais al templo?

MARG. Al templo voy,

Tengo en el templo una cita.

OLIVAR. ¿En el mismo templo? . . A fé ..

MARG. Fuera de casa ó del templo,
mal segura me contemplo.

(Con gran intencion).

y adivinidad vos por qué.

OLIVAR. (Si yo pudiese obligarla

á volverse desde aqui

á Ocaña otra vez... Sí, si

¿Qué interés tengo en matarla?)

MARG. (¿Qué estará tramando ahora?)

OLIVAR. (Asi triunfo y no asesino).

Habeis hecho... un desatino:

volved á Ocaña, señora,

MARG. Conde-duque, delirais.

OLIVAR. Yo por vuestro bien lo anhelo.

MARG. ¡Por mi bien!.. ¿No hay en el cielo

rayos de Dios?

OLIVAR. ¿Qué intentais?

MARG. Ver al Rey de cualquier modo

OLIVAR. No lo lograreis acaso.

MARG. (Con altivez).

¿Quién ha de cerrarme el paso?

OLIVAR. (Con frialdad).

Yo, que aqui lo puedo todo.

MARG. (Con amargura).

¡Todo!... Por eso, por eso

tanto en Ocaña he sufrido,

que soportar no he podido

de mí desventura el peso.

Ved estos párpados rojos

de llorar... ¿Os dan espanto?..

Es que han vertido por llanto

gotas de sangre mis ojos,

sola en Ocaña ¡ay de mi!

faltome en tan negro afan

hasta un pedazo de pan!...

(Con desesperacion).

¡Oh! ¡Tuve hambre!

OLIVAR.

¡Vos...

MAR.

Sí, sí;

¡hombre sin Dios y sin ley!...

Fuí de convento en convento
mendigando mi sustento!

OLIVAR. ¡Vos!..

MARG. ¡Yo!... ¡La prima del Rey!

OLIVAR. Yo ignoraba... De hoy en más
os juro... Tomad un coche...
Idos á Ocaña esta noche ..

MARG. A palacio iré quizás.

OLIVAR. Duquesa, volved á Ocaña:
ya entrareis, cuando haya espacio,
como entrar debe en palacio
toda una infanta de España.

MARG. Si no me abandona Dios,
entraré mañana... ¡Oh! sí...
Pronto el Rey sabrá por mí...

OLIVAR. Nada el Rey sabrá por vos.

MARG. Sabrá por culpa de quién
no es ya suyo el Portugal.

OLIVAR. Vos... le gobernásteis mal...

MARG. (Con amarga sonrisa).

Y vos... le perdisteis bien.

OLIVAR. Pero...

MARG. Basta ya. Cobarde
sois aunque diestro adalid,
Hoy comienza nuestra lid...
¡Nunca para el bien fué tarde!

OLIVAR. Soy poderoso enemigo.

MARG. ¡No siempre triunfó el poder!

OLIVAR. Sois una débil mujer.

MARG. ¡Dios combatirá conmigo!

OLIVAR. Es muy desigual el duelo.

MARG. (Con orgullo).

¡Desigual?

- OLIVAR. Yo en esta guerra
soy... el poder de la tierra.
- MARG. (Con solemnidad dirigiéndose al templo).
Yo la venganza del cielo.
- OLIVAR. Pues que nadie os acompaña,
mi mano aceptad ahora.
- MARG. Sois muy galan.
- OLIVAR. Soy, señora,
español.
- MARG. (Subiendo).
Judas de España.
- OLIVAR. Si no lo habeis por enojo,
(Queriendo asirla la mano).
mi mano hasta arriba...
- MARG. (Desviando la mano con altivez y desprecio).
¡Ah! ¡No!
- OLIVAR. (Insistiendo).
¿Quién ha de serviros?

ESCENA IX.

MARGARITA—OLIVARES.—QUEVEDO.

- QUEV. (Apareciendo á la entrada y dando la mano á Margarita.)
Yo.
- MARG. (A Quevedo con dulzura).
Gracias.
- OLIVAR. (Embozándose).
Él es... ¡Qué sonrojo!
Con gusto la mano os dan,
don Francisco de Quevedo.
(Margarita sube las gradas. El Conde-duque permanece abajo).
- QUEV. Decir lo propio no puedo
yo á don Gaspar de Guzman.
- OLIVAR. Jamás competí con vos;
vuestro ingenio y vuestra fama...
- QUEV. Ved que me espera esta dama.
- OLIVAR. No os detengo.
- QUEV. Adios.

OLIVAR. (Dirigiéndose al centro de la plaza).

Adios.

QUEV. (En el átrio).

¿Qué anhelaís en tanto apuro?

MARG. Ver al Rey.

QUEV. No encuentro modo...

MARG: (Con desesperacion).

¡Oh!

QUEV. Mas le vereís, con todo:

¡por mi salvacion lo juro!

(Conducéla al interior del templo).

OLIVAR. Quien no convence, asesina.

No quiso á Ocaña volver...

Hice cuanto pude hacer...

Lo demás lo hará Medina.

ESCENA X.

OLIVARES.—MEDINA, que aparece á la puerta de la casa al tiempo que aquel se dirige á paso largo á la calle del fondo).

MEDINA. (En voz baja).

¿Conde-duque?

OLIVAR. (Volviéndose).

¡Y bien!

MEDINA. Lo siento;

mas no la mato, señor.

OLIVAR. ¿Pues no dijiste, traidor?...

MEDINA. De lo dicho me arrepiento.

OLIVAR. ¿Y qué causa?...

MEDINA. No os asombre.

Cuanto hablásteis escuché:

de la dama el nombre sé,

y está muy alto su nombre.

OLIVAR. ¿Qué te importa?

MEDINA. ¡Friolera!

Su nombre, pardiez, me espanta:

no se asesina á una infanta

como á una mujer cualquiera.

OLIVAR. Ya... comprendo. Cosa es clara:
si es que ha de ser bien vendida,
cuanto más valga una vida
debe venderse más cara...
Golpes dás á mi tesoro ..
que han de agotarle quizás;
pero en fin... pues quieres más
oro... te daré mas oro.

MEDINA. No, no es oro lo que quiero.

OLIVAR. De escucharte me confundo.

MEDINA. Es que no todo en el mundo
se paga con el dinero.

OLIVAR. Tambien te colmé de honores.
En palacio, como iguales,
te hablan damas principales
y principales señores.
Mira bien si bien te pago:
del polvo te alcé á la altura,
y hoy tu condicion oscura
tapa esa cruz de Santiago.
(Señalando la capa de Medina).

MEDINA. No niego vuestra largueza.

OLIVAR. Pues á servirme... Es tu oficio.

MEDINA. Es que exigís un servicio
en que arriesgo la cabeza.

OLIVAR. ¡Por mi vida!... Esa traicion...

MEDINA. Os equivocais á fé;
yo á la infanta mataré...
mas con una condicion.

OLIVAR. ¿Condicion?... Nunca recibo.

MEDINA. Sin ella... ¡por Lucifer,
que no mato á esa mujer
aunque me desuellen vivo!

OLIVAR. (El infierno se desata
contra mí esta noche!)

MEDINA. En fin...

OLIVAR. (¡Alma cobarde y ruin!)
Dí tu condicion... y mata!

MEDINA. Para mi seguridad

he escrito arriba un papel:
falta vuestra firma en él:
este es el papel, firmad.

OLIVAR. ¿Qué dice?

MEDINA. (Acercándose al farol).

Oid.

OLIVAR. (¡Negra suerte!)

Ya la tardanza me irrita.

MEDINA. (Leyendo).

«A la infanta Margarita
darás hoy mismo la muerte.»

OLIVAR. (Colérico).

¡Vive Dios!

MEDINA. (Con frialdad).

Firmad y mato.

OLIVAR. (¡Maldito seas amen!)

¡Nunca!... A ese precio...

MEDINA. Está bien;

(Embozándose y en actitud de marcharse).

otro lo hará mas barato.

OLIVAR. Traidor... ¿te vas?...

MEDINA. Ya mi hazaña

es inútil y me voy.

OLIVAR. (¡Oh! ¡si ella no muere hoy
todo lo pierdo mañana!...)

MEDINA. Resolved.

OLIVAR. (Preocupado).

Oye, Medina.

(Yo voy á perder el juicio).

Aunque es duro el sacrificio...

(¡Fuerza es conjurar mi ruina!)

MEDINA. Pues firmad.

OLIVAR. Dame el papel.

(Dáselo Medina).

(¡Oh, su contacto me abrasa!)

MEDINA. Entrad, pues, en esa casa.

OLIVAR. (Dirigiéndose á la casa).

(No hay medio... Trance cruel!)

MEDINA. Luz os tengo en el portal

y recado de escribir:
con que...

OLIVAR. (Entra).
(Tal mengua sufrir!..)

MEDINA. (Despues de una pausa).
No va el asunto muy mal.
Conde-duque, ello por ello.
Ya somos quién para quién.
(Olivares sale y alarga el papel á Medina con señales de repugnan-
cia y sin mirarle siquiera).
(Acercándose al farol y leyendo).
«Olivares.»—Está bien.
(Tiene su firma y su sello).
(Echa el aliento al papel).

OLIVAR. (Con amarga sonrisa).
Cuida bien que no se borre.

MEDINA. Pues ya que os hice firmar...

OLIVAR. (Con ferocidad).
Falta solo...

MEDINA. (Interrumpiéndole).
Pues; matar:
y eso de mi cuenta corre.

OLIVAR. ¡En parte segura!

MEDINA. ¡Oh! si.

OLIVAR. ¡Todo el puñal!

MEDINA. Eso es.

OLIVAR. ¡Librame de ella!
(Marchándose y con una mirada terrible).
(Despues
yo me librare de tí.
(Vase por la calle del fondo).

ESCENA XI.

MEDINA.—DESPUES QUEVEDO.

MEDINA. Ya te tengo bien seguro.
Partes el crimen conmigo...
Partiré el poder contigo,
por mi puñal te lo juro.

Nuestra horrible comunión
hoy con sangre he de sellar...
¡Quiero mi ambición saciar,
y alas diste á mi ambición!...
Pues bien...—Allí se vé un bulto.

(Mirando al templo).

Ya sin duda en San Martín
dieron las tinieblas fin.

Debo mantenerme oculto.

(Se oculta en la izquierda).

QUEV.

(Baja las gradas con preocupación).

En palacio á la Duquesa
por mi fé de caballero
prometí poner... Bien; pero
¿cómo cumplir mi promesa?
Con audacia...—¡Desatino!—
Por ardid...—Ese Guzmán
es tan cauteloso y tan...

—Dios me enseñará camino.

—Con fuertes contrarios luchó...

Pueden y...—¡También yo puedo!

¿Quién me auxilia? ¿Quién?—¡Quevedo!!

Sí... sí...

(Tocándose la frente y el pecho).

¡Los dos podeis mucho!

Grande el pensamiento aquí,

y aquí grande el corazón,

armas de victoria son...

venzo de seguro... sí!

—Tal vez no...—Sí!...—No... comienzo

á dudar...—¡No!... ¡venceré!!

—¿Cómo?... ¡Cómo!...—No lo sé.

pero... de seguro venzo!

(Pausa).

La duquesa en su posada

me citó para las diez...

Ya encontraremos tal vez

puertas que le den entrada.

¡Por Dios!... de cualquier modo

Todo se ha perdido...

(Margarita aparece á las puertas del templo).

(Con feroz alegría).

¡Ah!... ¡no!..

(Medina se oculta: Margarita baja lentamente las gradas y despues se dirige como hablando consigo misma á la calle de la derecha).

MARG. Solo en él confío... Yo nada puedo hacer por mí.

MEDINA. (Llegó su vez al puñal).

MARG. No debo tener recelos.

¡Hoy velan por mí los cielos

y Dios me libra del mal!

Ni se ve ni se oye nada.

¡Qué soledad! .. Tengo miedo...

(Al volver Margarita la espalda, Medina sé lanza detrás caute- losamente).

Es tarde... Tal vez Quevedo

se impacienta en mi posada.

Voy al punto... ¡Qué rumor!...

(Volviéndose á Medina que estará á dos pasos).

¡Un hombre!... ¡Atrás!... ¡Qué quereis?..

MEDINA. (Haciendo un movimiento bajo la capa).

Vengo de paz...

MARG. No llegueis...

MEDINA. (Lanzándose sobre ella puñal en mano).

A mataros.

MARG. (Con terror).

¡Ah!

ESCENA XIII.

DICHOS.—QUEVEDO, que saliendo de la calle de la derecha, sujeta por detrás el brazo de Medina que va á herir).

QUEV. ¡Traidor!

MEDINA. (Soltando el puñal).

¡Jesucristo!

QUEV. Por allí...

(Señalando á la duquesa la calle de la izquierda y sacando á Medina la espada).

Al punto os sigo. . Alejáos.

(Volviéndose á Medina que va á escapar y sujetándole por la capa).

¡Vos no os alejeis, quedaos!

(Quevedo dirige otra vez los ojos á la calle por donde ha desaparecido Margarita, y en tanto Medina suelta la capa en sus manos).

MEDINA. (Huyendo).

¡Oh! me salvé.

QUEV. (Con voz de trueno y levantando la espada de Medina, que se queda inmóvil).

¡Quieto ahí!

(Después de tirar al suelo la capa de Medina y arrojándole su espada á los pies).

Ahora hierro contra hierro,
nueva lid.

MEDINA. (Con acento trémulo). Mas vuestro nombre.

QUEV. (Desenvainando).

Sí no lidiais como un hombre,
vais á morir como un perro.

MEDINA. (Mirando al rededor como para buscar la fuga).

Ve... que... el duelo... no es igual.

QUEV. La espada teneis desnuda,

MEDINA. Cierto...

QUEV. Yo tambien.

MEDINA. Sin duda.

QUEV. No hay ventaja, pues.

MEDINA. Sí tal.

(¿Qué diré?) Por de contado...
yo estoy sin capa..

QUEV. Es muy cierto.

MEDINA. ¿Conoceis me descubierto?

(Señal afirmativa de Quevedo)

Yo... no os conozco embozado.

QUEV. Ya que tanto alambicais,

pronto una capa se quita.

(Quevedo se desembaraça de la capa, y al arrojarla, Medina saca una pistola y dispara sobre él).

MEDINA. ¡Ay de vos!

- (Arrojándola con rabia despues del fogonazo).
¡Suerte maldita!
- QUEV. (Con frescura poniéndose en guardia).
Mala pólvora gastais.
(Medina cobra su acero y se defieude en retirada).
- MEDINA. ¡Que el cielo os maldiga á vos!
- QUEV. ¡Tiemblas!..
- MEDINA. ¡De rabia!
- QUEV. ¡De miedo!...
- MEDINA. (Con espanto y retrocediendo).
¡Oh! ¡perdonadme!
- QUEV. No puedo.
- MEDINA. (Con voz ahogada, y cayendo dentro. en la calle de la derecha).
¡Ay!
- QUEV. Que te perdone Dios.
(Pausa).
He matado á un hombre.—Fué con razon...—Sí... pero pesa el crimen...—¡Ah! la duquesa... por aquí la alcanzaré.
(Toma la capa de Medina que está á sus pies, y vase por el fondo. La escena queda un momento sola. Despues aparece Margarita por la misma calle que tomó al marchar).

ESCENA XIV.

MARGARITA.—Luego OLIVARES.—Ronda.

- MARG. Nada se oye... Tras de mi
(Quédase á la esquina mirando y escuchando con inquietud).
dijo que iria: un momento
le aguardé trás del convento ..
(Apoyándose en la pared).
¡Muerta vengo!
- VOZ. (Dentro).
Por aquí..
- MARG. ¡Oh, la ronda!...
(Quiere huir y vacila).
- ALCAL. (Dentro).

Ved si acaso...

(La calle de la derecha aparece iluminada por la luz de una linterna)

Mas un hombre en esta esquina
yace tendido...

OLIVAR. (Dentro y con rabia).

¡Es Medina!

MARG. (Apoyándose con abatimiento en la esquina de la izquierda al tiempo que los demas salen por la derecha).

¡Oh! no puedo dar un paso.

OLIVAR (Saliendo).

¡Por Jesucristo en la cruz!

ALCAL. (A Olivares).

Muerto...

(A los corchetes).

Registradle.

OLIVAR. (Deteniéndoles).

No.

(Debo registrarlo yo).

(Tropieza con la capa de Quevedo).

Mas ¿qué es esto? ¡Aquí la luz!

(Recoge la capa).

¡Pronto, la luz necesito!

ALCAL. (A los alguaciles y acercándose á Olivares).

Ved que el matador se escapa.

(Los corchetes desaparecen por la derecha).

OLIVAR. (Con voz de trueno despues de mirarla con la linterna).

De Quevedo es esta capa.

MARG. (Con terror).

¡Muerto!.. ¡Gran Dios!

(Vacila y cae dentro).

OLIVAR. Ese grito...

(El alcalde se dirige á la izquierda y Olivares le sigue).

ALCAL. (Dentro).

Una dama hay en el suelo.

OLIVAR. (Asomándose á la esquina).

¡Muerta?

ALCAL. Desmayada.

OLIVAR. A ver...

(¡Oh! la infanta) A esa mujer

- (Al alcalde que sale).
nadie la levante el velo.
- ALCAL. Bien, señor.!
- OLIVAR. Una litera.
- ALCAL. (A los corchetes que vuelven por la derecha).
Id por ella y no tardeis.
(Vanse).
- OLIVAR. Dentro á la dama pondreis...
¡mas sin mirarla siquiera!
- ALCAL. ¿Despues?
- OLIVAR. (Mi triunfo es completo).
Conducidla en breve espacio...
- ALCAL. ¿Dónde?
- OLIVAR. A palacio.
- ALCAL. (Con asombro).
¿A palacio?
- OLIVAR. Por el caracol secreto.
- ALCAL. ¿Quién la escolta?
- OLIVAR. Solo vos.
- ALCAL. Mas Vuecencia...
- OLIVAR. Iré detrás.
(Váse el alcalde por la izquierda).
Duquesa, á palacio vas...
Desde alli... ¡sábelo Dios!...
(Dirígese con precipitacion há ia la calle donde cayó Medina, y cae el telon).

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon en el palacio del Buen-Retiro, Puerta en el fondo que por la derecha conduce á las habitaciones de Olivares y por la Izquierda á la capilla. A la derecha en primer término, puerta que conduce á la escalera y corredores de palacio. A la izquierda, en primer término, la cámara de la Reina; en segundo, la del Rey. Es de noche: la escena está iluminada por un candelero de cinco ramales, colocado sobre un mueble de la época.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA.—DOÑA INÉS.

REINA. Doña Inés, todo es inútil:
no hay en el mundo consuelo
para mí; padezco mucho,
porque inocente padezco.
¡Infeliz! Otras que sufren,
en su desventura, al menos,
viven ¡ay! con esperanzas...
yo sin esperanzas muero.

INÉS. Mas...

REINA. Con esperanzas locas,
es verdad, soñé algun tiempo,
se han desvanecido todas
por mi mal, y ya no sueño.
El dolor vela... ¡Mis horas
son tan largas!... Yo las cuento
por los ahogados latidos
de este corazon enfermo.

INÉS. No os aflijais...

REINA. Tantos dias,
tantas noches de tormento.
¡siempre lo mismo! ..

- INÉS. Señora...
- REINA. Ni un instante de sosiego...
Viene el día, y no reposo...
Viene la noche, y no duermo...
Si he de descansar... ¡Dios mio,
dame tu descanso eterno!
- INÉS. ¡Cómo! ¡Llorais?
- REINA. No, no lloro...
- INÉS. No me lo negueis... no... Veo
húmedos ya vuestros ojos...
- REINA. (Con amargura).
Pronto los verás bien secos.
- INES. ¡Oh! ¡Qué horror!
- REINA. (Llorando).
Padezco mucho,
¡porque inocente padezco!
- INÉS. Inocente. . . ¡Y quién lo duda?...
- REINA. Felipe... mi esposo... ¡Miento:
ya no es el esposo... el Rey...
¡Rey para mi bien severo!
- INÉS. Si él vuestro amor comprendiera...
- REINA. Nunca podrá comprenderlo.
Negras sospéchas le turban:
y aunque es generoso y bueno,
para mi tan solo tiene
rencor y amargo desprecio,
y es que ve sobre mi frente
ese imaginario sello
del crimen...
- INÉS. ¿No ve ese llanto?
- REINA. Sus dudas le tienen ciego.
- INÉS. Pues bien; habladle.
- REINA. Es inútil:
sordo le tienen sus celos.
- INÉS. Tal vez sus negras sospechas
se disipen con el tiempo.
- REINA. Imposible: cada día
toman, dona Inés, más cuerpo:
y es natural: Olivares,

por ódios que no comprendo.
le habla siempre de ese crimen...

INÉS. Pura invencion del infierno.

Vos sois la virtud, señora.

REINA. Mi virtud... es un misterio.

Tú solamente lo sabes.

INÉS. No, tambien lo sabe el cielo.

Esperad en él...

REINA. Es tarde:

para mi mal no hay remedio.

INÉS. Si al Rey llegára ese escrito...

REINA. ¿Cuál?

INÉS. El del Conde.

REINA. ¡Silencio!

¡No pronuncies ese nombre!...

¡Villamediana!... Su espectro

me persigue noche y dia

cual tenaz remordimiento.

INÉS. Sois inocente.

REINA. Inocente...

mas dí causa sin saberlo.

á que el buen Villamediana

fuese á puñaladas muerto.

INÉS. Celos del Rey le mataron.

REINA. ¿Quién dió pábulo á esos celos?

INÉS. Dicen que el conde os amaba...

REINA. Pues calló prudente y cuerdo.

Y si ese amor desdichado,

fué, como suponen, cierto,

jamás la Reina lo supo,

y en la tumba está el secreto.

INÉS. No... que el Conde moribundo

se arrancó el puñal del pecho...

REINA: ¡Calla!

INÉS. Y con su propia sangre

pudo escribir...

REINA. ¡Tal recuerdo!...

INÉS. Puede salvaros... El Conde

dicen que escribió un momento

con su sangre... y ese escrito
se encontró sobre su cuerpo.

REINA. ¡Desdichado!

INES. Vos, señora,
sois pura y lo sabe el cielo.

REINA. ¿Cómo hacer que el Rey lo sepa?

INES. Con ese escrito sangriento.

REINA. ¡Ay! en manos de Olivares
cayó, segun dicen... Cierto...

ese papel ya no existe ..
le habrá consumido el fuego.

INES. ¿Eso teméis?

REINA. Olivares
goza en mis padecimientos..
¿Por qué me aborrece ese hombré?

INES. (Mirando al fondo).

Viene hácia aquí.

REINA. Retirémonos

ESCENA II.

RICHAS.—OLIVARES que entra por el fondo, derecha.

OLIVAR. Si mi presencia importuna...

REINA. (Violentándose).

No, Conde-duque...

OLIVAR. Sospecho

que su Magestad se aleja
solo porque yo me acerco.

REINA. Yo...

INES. La reina está indispuesta.

OLIVAR. Sabe Dios cuanto lo siento.

REINA. Gracias.

OLIVAR. (¿Sabrá la venida
de la duquesa? Indaguemos).

REINA. ¿Cómo está el Rey?

OLIVAR. Siempre triste.

REINA. ¡No le he visto en tanto tiempo!

OLIVAR. (Mirando fijamente á la Reina).

La duquesa Margarita...

REINA. (Con acento de dolor).

¡Aun sola en Ocaña!...

OLIVAR. Cierto.

REINA. Haced que vuelva á la córte;

dadme ese dulce consuelo:

que vuelva,.. ¡Me quiere tanto!

¡tanto como yo la quiero!

¡Prima del alma!... ¡Es tan buena!...

Sí, sí, que vuelva al momento...

¡Oh!... ¡Lo hareis?

OLIVAR. Sí no os enoja,

de conversacion mudemos.

(Pausa).

REINA. Yo de otra os hablará...

¿Me comprendeis?

OLIVAR. Os comprendo.

REINA. Pues ese sangriento escrito...

OLIVAR. Sangriento, es verdad, sangriento.

REINA. ¿Con qué existe, pues?

OLIVAR. Existe.

REINA. ¿Lo teneís vos?

OLIVAR. Yo lo tengo:

ya os lo repetí mil veces.

REINA. Entregádmelè.

OLIVAR. No puedo.

REINA. Prueba la inocencia mia...

OLIVAR. No del todo, segun pienso.

REINA. (Con altivez).

¡Conde-duque!

OLIVAR. (Con hipocresia).

Para mí

sois de virtudes modelo:

mas el Rey...

REINA. Dadle ese escrito.

OLIVAR. Ya se lo daré á su tiempo.

Para darle la triaca

dejad que apure el veneno...

- Hoy las sospechas le acosan...
ya se irán desvaneciendo...
—Y entonces verá ese escrito
ya sin prevencion, y espero...
- REINA. Es que ya van muchos años
desde que vivo muriendo,
despreciada de mi esposo...
(Con intencion).
que escucha vuestros consejos.
Y en palacio, viuda y sola,
sufrió su amargo desprecio,
porque aduladores viles
(Exaltada).
le han trastornado el cerebro.
- OLIVAR. ¡Qué exaltacion!... Ved, señora,
que está débil en extremo
vuestra salud...
- REINA. ¡Conde-duque,
no insulteis mi sufrimiento!
- OLIVAR. Vamos á otra cosa. El Príncipe
niño sucesor del reino,
por su edad...
- REINA. ¡Hijo del alma!
- OLIVAR. Ya del regazo materno
debe separarse.
- REINA. ¡Oh. nunca!
- OLIVAR. Es el Príncipe heredero;
y ha resuelto el Rey su padre,
—¡lo oís? el Rey lo ha resuelto—
darle servidumbre propia,
- libros, armas y maestros;
y por fin, cámara digna
de su carácter escelso ..
- REINA. (Con desesperacion).
¡Me arrancais el hijo mio!
- OLIVAR. (Con frialdad).
Elegid el aposento
que mas le cuadre en palacio.
- REINA. (Ocultando la cabeza entre las manos).
¡Gran Dios!

OLIVAR. Yo os iré diciendo:
el del jardín... el de Osorio...
el de Ripalda... el de Lemus...
el de Borja... el de la Infanta...
elegid...

REINA. (Con arrogancia).
Elijo... el vuestro!

OLIVAR. ¡Cómo!

REINA. Ocupais en palacio
el mas ostentoso y régio...
y entre Príncipe y vasallo
lo primero es lo primero.
(La Reina se retira por la puerta de su cámara).
(Olivares la contempla con ademan terrible. Doña Inés la sigue despues).

INES. (Suplicante).

¡Oh! ¡respetadla!

OLIVAR. (Con furor).

Me arroja
de aquí!... ¡Por Dios la prometo!...

INES. ¡No!... ¡Qué intentais?...

OLIVAR. (Reprimiéndose y con una sonrisa).

Nada, nada...

buscar otro alojamiento.

ESCENA III.

OLIVARES.

«Entre Príncipe y vasallo
lo primero es lo primero,»
me dijo y callé...—Si; pero
yo para obrar siempre callo.
¡Vasallo quien dá la ley!...
Reina me hiciste un ultraje,
que no rinde vasallaje
quien hizo vasallo al Rey.
—¡Qué génio malo te acosa?
¡Cómo no te dice el alma

que quien destruyó tu calma
aun puede hacerte dichosa?

Débil, incauta mujer ..

En tu desamparo triste,
nunca tan altiva fuiste...

—Ni lo volverás á ser.

Yo tu dicha tengo aquí:

sí, se encierra en esta carta

(Señalándose el pecho).

sangrienta, que no se aparta

ni un solo instante de mí.

(Pausa).

El Rey te abrirá sus brazos

si á ver llega tal escrito;

mas primero el favorito

se lo comerá en pedazos.

—Te amaba el Rey con pasion...

mas roto el lazo nupcial

por mi astucia, sin rival

reino yo en su corazon!

—Nadie mi secreto sabe:

muerto Medina, segura

guardará en la sepultura

de este secreto la llave.

—Medina... ¡Fatal recuerdo!...

El papel que me arrancó

¿dónde ese hombre lo guardó?

Si alguien dá con él, me pierdo.

La incertidumbre me abrasa...

—No; lo que pensé es verdad:

pará mas seguridad

lo guardó en aquella casa.

Si; mi presuncion es cierta:

el papel oculto está

dentro de la casa... y ya

sellé yo mismo la puerta

Y no se por qué me apuro...

Mañana busco el papel

en la casa, y doy con él...

sí, doy con él, de seguro:
Todo va bien. La duquesa
se halla, pues á buen recaudo.
y yo por el fin me aplaudo
de tan arriesgada empresa.

(Mirando á la derecha).

Pero allí viene Mendaña
con el marqués y don Juan
de Castilla; siempre van
juntos en buena compañía.

Y por Dios que el tal Castilla
tiene lengua de escorpion
y hácia mí poca aficion;
según cuentos de la villa.

ESCENA IV.

OLIVARES.—MENDAÑA.—GRANA.—CASTILLA por la derecha. Al entrar, MENDAÑA se dirige á OLIVARES con solicitud exagerada; GRANA le saluda afectuoso y CASTILLA hace una leve inclinacion y se queda algo separado del grupo.

OLIVAR Buenas noches, caballeros

MEND. Que el cielo os guarde, señor.

OLIVAR. Solo me encontráis.

MEND. Mejor.

OLIVAR. Mucho me contenta el veros.

GRANA. Gracias.

MEND. Honor singular.

OLIVAR. Triste anduve todo el día.

MEND. Mejor...

GRANA. (Interrumpiéndolo).

¡Qué!

MEND. Mejor seria
que os fuéscis á descansar.

OLIVAR. No, son tristezas...

CAST. (¡Historia!)

OLIVAR. Y de divertirlas trato

- Con que, hablemos pues un rato.
- MEND. Rato mejor... ni en la gloria.
- CAST. (Tanta humillacion ya es mengua).
- OLIVAR. Contadme algo de la villa
los tres...—los dos; pues Castilla
(Con intencion).
se ha venido sin la lengua.
(Castilla se encoge de hombros desdeñosamente).
(Al mismo).
¿Nada respondeis?
- MEND. (Idem).
¡Don Juan!...
- OLIVAR. ¿No me hablais?. , Ved que yo os hablo.
- CAST. (Lleve tu palabra el diablo).
- GRANA. (Aparte á Mendaña).
(Mucho me temo un desman).
- MEND. ¡Al ministro!..
- CAST. (Fuera mengua...)
- OLIVAR. Responded.
- GRANA. (Mal humor gasta).
- CAST. (Desentonado).
Vos lo dijísteis, y basta:
me he venido sin la lengua.
- OLIVAR. (Reprimiéndose á duras penas).
Ligero anduve en decir,
y mi error he conocido.
Con lengua os habeis venido. .
(Con cólera).
¡Sin lengua os debiérais ir!
(Olivares se retira por el fondo derecha con aire sombrío, seguido de Grana y Mendaña).

ESCENA V.

CASTILLA.—Después QUEVEDO.

- CAST. ¡Vive Dios! Me la arrancara
yo mismo, juro á mi nombre,
porque no ha lanzado á ese hombre

cien insultos á la cara!

(Quevedo entra por la derecha con el mayor desorden y pasa junto á Castilla sin reparar en él, yendo á quedarse en medio de la escena como abismado en sus pensamientos).

¡Por Cristo en la Cruz!...—¡Quevedo!

A ocasion dichosa viene:

quiero hablarle... Mas, ¿qué tiene?

(Observándole).

Su rostro me infunde miedo.

Desde aquí le he de observar.

¡Qué temblor!

QUEV. (Con acento reconcentrado).

¡Pesquisa vana!

(Después de una pausa y con estravio).

—¡Ruin inteligencia humana,
no sabes adivinar.

(Pausa).

¡Oh! me pierdo en el abismo

de mi propia confusion,

y vacila mi razon.

CAST. (¿Qué hablará consigo mismo?)

QUEV. Ni en la calle ni en su casa

dar he podido con ella...

Tal vez...—Mi frente se abrasa.—

La libré de un asesino,

y otro quizás tan cruel,

la mató...—Mísero de él

si le encuentro en mi camino!

¡Muerta?... No... Presa quizás...

Olivares... Él la esconde...

Si, sí... ¿Pero en dónde? ¿en dónde?

(Como fuera de sí).

¡Más!... razon, discurre más!

Tú, de tan altas ideas

creadora... oh! mente mia,

si hallas luz, alumbrá y guía!

y si no. . ¡maldita seas!

(Quédase como abismado en sus reflexiones).

ESCENA VI.

DICHOS.—MENDAÑA.—GRANA, que salen por el fondo, derecha.
CASTILLA al verlos, les hace señas para que guarden silencio).

GRANA. Calla... Quevedo...

MEND. Mejor...

GRANA. Nos dirá alguna letrilla.
Señas nos hace Castilla.

MEND. Chist... al buen entendedor...
(Mendaña y Grana durante esta escena hablan como si quisieran
no ser oídos por Quevedo).

GRANA. Entendido.

MEND. Claro está.
Don Francisco en este instante
busca un feroz consonante.
Mejor.

GRANA. Pues le encontrará.
No le interrumpamos pues.

MEND. Eso es lo mejor.

CAST. (Como si quisiera clavarlos con la vista).

Ahí, quietos.

MEND. Lo menos, quince sonetos
nos guarda para despues.

QUEV. Nada; ó salvarla ó morir

CAST. (Es ya mucho meditar).

QUEV. ¡Si, si, si!

CAST. (Me hace temblar).

MEND. Mucho nos hará reir.

QUEV. ¡Gran Dios, un rayo de luz
entre tanta oscuridad!

MEND. Pero ¡qué miro?... Es verdad...
brilla en su capa una cruz.

GRANA. Y es la de Santiago. . Pero
¿cuándo el hábito alcanzó?

QUEV. Mis sienes estallan... ¡Oh!

MEND. Hoy, sin duda, caballero

le hizo Olivares y... ved:
ya con su cruz de Santiago
versos le dedica, en pago
de tan cumplida merced.

QUEV. ¡Terrible será la lucha!
—Bien... ¡Me sobra corazón!

(Quevedo al decir esto, se vuelve y se encuentra entre Mendaña,
Grana y Castilla, que han ido acercándose lentamente, aquellos
por la izquierda y este por la derecha).

(Sorprendido).

¿Quién es?...

MEND. (Con un grito de júbilo),

¡Letrilla!... Atención.

(A Quevedo).

¿Tendrá gracia?

QUEV. (Temblando y con risa sardónica).

¡Mucha, mucha!

Tiene tanta... que yo mismo...
crujo de risa.

(Risa convulsiva).

MEND. Al instante,
recitádnosla.—¿Picante
será?...

QUEV. Más que un sinapismo.

MEND. ¿La acabásteis?

QUEV. Falta poco.

MEND. ¿Sátira?..

QUEV. (Con rabia).

Contra los necios.

(Reprimiéndose y echando á reir de nuevo).

¡Qué golpes les doy tan recios!

MEND. ¡Siempre alegre!

CAST. (O siempre loco).

QUEV. (¡Cuánto sufro!)

MEND. Nadie triste
puede estar donde estais vos.

Hacednos reir..,

QUEV. (Estremeciéndose).

(¡Ay Dios!)

- MEND. Con un chiste.
QUEV. Con un chiste
quisiera haceros reir,
y reir hasta rabiarse,
y de risa reventar
y á risotadas morir!
- GRANA. (Con estrañeza).
¡Qué ocurrencia!
- MEND. Me enamora;
nadie las tiene mejores.
- QUEV. (¡Necios!)
- INÉS. (Saliendo).
La Reina, señores.

ESCENA VII.

DICHOS.—LA REINA —DOÑA INES, que salen de su cámara.
Despues OLIVARES.

CRANA. ¿Dónde irá la Reina ahora?

QUEV. (Mirando con dolor).
(¡Pobre mártir!)

REINA. (A Inés).

Pon mi silla.

(Doña Inés se dirige á la capilla.—Los cuatro hacen una Reverencia á la Reina).

Adios.

(Saludándoles).

Orando un momento
voy á ver el monumento
que hoy me adorna mi capilla. (Dirigese á ella).

CAST. (A Quevedo).

Siempre triste.

QUEV. A Dios le plugo.

(¡Pobre víctima!)

(Reparando en Olivares que sale por el fondo derecha y se dirige á la Reina).

(¿Esto mas?)

OLIVAR. (saludándola). Señora.

QUEV. (¡Siempre detrás
de la víctima el verdugo!)

OLIVAR. ¿Vais á orar?

REINA. ¿Es cosa estraña?
La oracion presta consuelo.

OLIVAR. ¿Ireis á pedir al cielo...

REINA. (Interrumpiéndole).
La felicidad de España.

OLIVAR. Que eso le pidais es llano;
y eso le pedimos todos.

REINA. Sí, de diferentes modos.

QUEV. (Téngame Dios de su mano).
(La Reina se halla en el fondo: Olivares á su izquierda, y los de-
mas á su derecha, siendo Mendaña el mas próximo)

OLIVAR. Si oye Dios vuestra plegaria
cuando orais en la capilla,
¡lástima que vuestra silla
(Con intencion).

esté allí tan solitaria!

REINA. (Con exaltacion y dolor).
Otra tuvo de igual porte
en esa mansion bendita...

OLIVAR. ¿Quién?...

REINA. (Mirando á su alrededor y como sintiendo haber dicho demasiado).
La infanta... Margarita...

QUEV. (Aparte á la Reina y por detrás de Mendaña, volviendo á quedarse
en su puesto inmediatamente).

Dicen que se hallá en la córte.

(La Reina, al oir á Quevedo, vuelve la cabeza y se fija en Mendaña).

MEND. Cómo me mira... ¡Mejor!

REINA. (Agitada).
(¡Será cierto lo que oí!)

(A todos y fuera de sí).

¿Es cierto? ¿Es cierto?

QUEV. (Con énfasis é intencion).

¡Si!

(Con intencion).

Sí.

- Silla tuvo...
- OLIVAR. Es un error.
- REINA, (Mirando á Quevedo, el cual se ha quedado inmóvil aparentando la mayor frialdad).
(Comprendo... Quevedo ha sido quien en voz baja)...
- OLIVAR. La tuvo
el Rey...
- REINA. (A mi lado estuvo...
él fué quien me habló al oído).
(Lá Reina se dirige hácia la capilla con los ojos fijos en Quevedo —Olivares hace un movimiento como para detenerla).
- OLIVAR. Yo una súplica he de haceros.
- REINA. Decid. (¿Cómo hablar á ese hombre?)
- OLIVAR. Os la dirijo en mi nombre
y en el de estos caballeros.—
Pues sola vais á marcharos
hácia la capilla ahora,
¿nos concedereis, señora,
el honor de acompañaros?
- REINA. Pláceme la cortesía,
y acepto. (Hablaré con él).
- OLIVAR. Pues todos hasta el cancel
os haremos compañía.
(Mendaña, Castilla y Grana se inclinan en señal de asentimiento.—
Quevedo se vá apartando poco á poco hasta quedarse junto á la
puerta de la derecha),
- REINA. Gracias...
- OLIVAR. Es nuestro el honor.
- REINA. (Me colocaré á su lado).
- OLIVAR. Para hacer mas señalado.
tan eminente favor,
un caballero escoged..
su mano hasta allí aceptad.
- REINA. (Con visibles muestras de alegría).
Sí, si...
- OLIVAR. Dichoso en verdad
el que obtenga tal merced.
(Todos se inclinan menos Quevedo).

QUEV. (Ya estan de orgullo beodos).

OLIVAR. (Mirando á la Reina con aire de triunfo).

(Hoy mi mano has de tocar).

(A la Reina).

A esa distincion sin par

todos aspiramos...

(Recalcando).

todos.

(Inclinase de nuevo).

REINA. (Mirando al rededor).

¿Todos, menos vos, Quevedo?

QUEV. Yo, incapaz de merecerla,

(Con intencion mirando á Olivares).

nunca osara pretenderla.

REINA. (Con espresion de dulzura).

Pues á vos... os la concedo.

(Quevedo se adelanta hácia la Reina y todos le abren paso. Al

llegar á ella, que le alarga la mano, dobla una rodilla y besa).

QUEV. (Con emocion).

Pues tal honra merecí,

(Levantándose y mudando de tono repentinamente).

Gracias, Olivares.

(Movimiento de este).

¡Oh!...

¡Brava idea os ocurrió!...

—Mas otra me ocurre á mí.

Sin pajes la Reina está.

Sola viene... Y es costumbre

que su camino se alumbre

cuando á la capilla vá...

OLIVAR. (Con disgusto).

Esa observacion...

CAST. (Con viveza).

Es cierta.

(La Reina mira á Quevedo con curiosidad).

QUEV. Pues, cual buenos servidores,

justo es que todos, señores,

(Recalcando tambien el *todos*).

la alumbreis hasta la puerta.

Luces...

(Señalando al candelabro).

MEND. (Tomando una luz de las cinco que habrá en el candelabro; accesorios que imitan los demas, menos Olivares que mira á Quevedo con asombro).

Ocurrencia sábia.

QUEV. (Con frialdad á Olivares).

Otra queda para vos.

Y si os place, aun quedan dos. .

OLIVAR. (Tomando furioso y con mano trémula una de las dos luces que quedan, como dominado por la mirada de Quevedo).

Bien contais.

QUEV. (Tiembra de rabia).

REINA. (A Olivares, Mendaña, Castilla y Grana, que la rodean con las luces, pero sin dejar de mirar á Quevedo).

Gracias, gracias.

QUEV. (Idem). ¡Bien por Dios!...

Alumbrad.—Sois, caballeros,
escelentes...

(Inclinase Mendaña, Grana y Castilla).

(Con tono incisivo).

Candeleros...

(Idem á Olivares y señalándole con el dedo).

¡Y el más escelente... vos!

(Olivares se inclina tambien con despecho, Quevedo, que ha dado la mano la Reina, se dirige á la capilla entre los cuatro alumbradores, que se colocan á la puerta para darles paso, entrando tambien despues. Al desaparecer la comitiva, se presenta el capitán por la derecha haciéndose cruces).

ESCENA VIII.

CAPITAN.—Luego los mismos, menos la REINA.

CAPITAN. (Despues de seguirlos con la vista).

¿Qué es esto?—¡Vaya un retablo!

Todos van en procesion...

Cosas de Quevedo son...

si es el mismísimo diablo

Cuando empieza... ¡Qué pedrisco!

Cada letra es una pulla...

—Y Olivares... Pues, de bulla...

le divierte don Francisco.

(Viendo volver á Olivares; despues aparecen Mendaña, Grana y Castilla, que traen en medio á Quevedo).

Hola, bien: me haré presente.

OLIVAR. (Con apresuramiento).

Capitan, estad alerta

á mi voz, junto esa puerta.

(Señalando la derecha).

CAPITAN. ¿Solo?

OLIVAR. No, con vuestra gente.

(Váse el capitan).

(Mirando á Quevedo con ferocidad).

Caro pagará el desman.

GRANA. (A Quevedo).

Recibid mi para bien.

MEND. (Idem).

De Santiago... Bien, muy bien.

QUEV. (Preocupado).

(¿Qué habrá dicho al capitan?)

OLIVAR. (A Quevedo).

Bien tocais vuestros registros.

QUEV. Nunca me voy por las ramas.

OLIVAR. Muy bien os va con las damas.

QUEV. Y mejor con los ministros.

MEND. (Yendo á señalar la cruz que lleva Quevedo en la capa)

Dígallo, si no...

GRANA. (A Quevedo).

Contento
estareis, os da valía.

QUEV. (Mira alternativamente á los dos).

No os lo comprendo á fé mia.

MEND. Os la columbré al momento.

GRANA. La mereceis.

MEND. ¿Quién lo ignora?

QUEV. (Maldito si entiendo nada).

MEND. Y os está ¡que ni pintada!

- QUEV. (¡Menos los entiendo ahora!)
- GRANA. El talento es una mina.
- MEND. (A Olivares).
Mirad... Ya puesta la tiene.
- OLIVAR. ¡Cómo! (Esa cruz... ¡Oh! se viene
(Con gozo feroz).
con la capa de Medina).
- QUEV. (Adelantándose del grupo con marcado fastidio).
(¡Me ahogo!)
- OLIVAR. (Aparte á Grana, que se dirige á hablar á Quevedo).
Callad.
(Idem á Mendaña).
- ¡Silencio!
- QUEV. (Pues á nacer hallas prontos
con tal perfeccion los tontos,
yo, gran Dios, te reverencio!)
- MEND. (A Olivares).
Ya; le tendreis que pedir
versos por tan gran favor.
- OLIVAR. Tengo que hablarle.
- MEND. Mejor.
mejor... Os hará reir.
- OLIVAR. Pronto acabamos á fé.
- QUEV. (Esperanzas. . y temores).
- OLIVAR. A mi habitacion, señores.
(Dirigense).
Yo mismo os conduciré.
(Mirando á Quevedo al marchar).
(No saldrás bien de este apuro).
- QUEV. (Con tono brusco).
A solas tengo que hablaros.
- OLIVAR. Ya pensaba yo en buscaros.
- QUEV. (¡Yo saldré á puerto seguro!...
—¡Si no muero entre las olas!)
- (A Olivares, que aun permanece obervándole desde la puerta)
- Os aguardo aquí.
- OLIVAR. Está bien:
vuelvo al punto; yo tambien

tengo que hablaros á solas.

(Entra en su cámara).

ESCENA IX.

QUEVEDO.

Dios nos clava frente á frente.

Para leer en lo escondido

de ese corazon podrido,

Dios me alumbrará mi mente.

Valedor de la Duquesa,

debo salvarla ó morir...

—Lo primero es inquirir

en dónde la tiene presa.

—¡Presal! ¿Quién sabe?... Es verdad:

en su vengativa saña

tal vez la condujo á Ocaña...

¡Oh la hundió en la eternidad!

—No, no... Tan negro delito

deja helado el corazon. .

—Cabe en la ruin ambicion

de ese torpe favorito.

La dió muerte. . ¡Ah de los dos

uno tambien morirá.

El... y muy pronto será...

¡Miseró de él!

(Con desvarío).

¡Sí; gran Dios!

Si he de morir á las penas

de tu infierno condenado,

muera rojo y remojado

con la sangre de sus venas.

(Apóyase convulsivamente en el mueble donde se halla el candelabro, en el cual habrá ya una luz solamente y aparece Olivares)

ESCENA X.

QUEVEDO.—OLIVARES.

- OLIVAR. (Hoy me le entrega esa cruz).
(Se acerca lentamente).
- QUEV. (Con angustia y furor).
¡Oh!
- OLIVAR. (Pero le siento hablar).
- QUEV. (Fuera de sí).
¡Es necesario matar!
- OLIVAR. (A Quevedo con estrañeza).
¡Matar!....
- QUEV. (Soplando inmediatamente la luz y con acento de indiferencia).
Sí. matar la luz.
(La escena queda en tinieblas).
- OLIVAR. (Acercándose á la puerta de la derecha).
Luces.
- QUEV. (Bien, me importa poco;
(Pasándose la mano por la frente).
ya mi rostro está sereno ..
Oíste y no viste... Bueno).
(Entran luces).
- OLIVAR. (O es muy hábil ó muy loco).
(A Quevedo).
Ya con luces...
- QUEV. Sí... se vé;
(pero no mi turbacion).
- OLIVAR. Ocurrencias vuestras son;
matar la luz... ¿para qué?
- QUEV. Segun las reglas seguras
de un autor, que de eso trata,
siempre que la luz se mata,
es... para quedarse á oscuras.
- OLIVAR. Esta noche estais de humor.
- QUEV. Si, porque volcó mi coche.
- OLIVAR. Noto además que esta noche.

Quevedo, estais... matador.

QUEV. (Sí; lo dice por Medina).

¿Ya sabeis?

OLIVAR. ¿Qué duda cabe?

Todo en el mundo se sabe.

QUEV. Pues; y si no, se adivina.

OLIVAR. Vos, segun llego á saber,
sois de un hombre el asesino.

QUEV. Y, por lo que yo adivino,
vos lo sois de una mujer

OLIVAR. Vuestras pruebas ¿dónde están?

QUEV. ¿Y las vuestras?

OLIVAR. Quedo, quedo;
déme las tuyas Quevedo.

QUEV. Déme las tuyas Guzman.

OLIVAR. ¿Y Medina?

QUEV. ¿Y la Duquesa?

OLIVAR. No nos entendemos pues.

QUEV. Lástima, lástima es.

OLIVAR. Mucho por cierto me pesa.

QUEV. Tengo pruebas y no en vano.

OLIVAR. Pues las tendremos los dos.

QUEV. ¿Y dónde tenéislas vos?

OLIVAR. ¿Yo? Las tengo ya en la mano.
(Poniéndola sobre la Cruz de Quevedo).

QUEV. La conservais tan cerrada...

OLIVAR. Vaya, al seguir una pista,
como sois corto de vista.
nunca reparais en nada.

QUEV. ¿Qué quereis decir?

OLIVAR. Os digo
que un hombre por vos fué muerto.

QUEV. ¿Me dais pruebas?

OLIVAR. Os lo advierto:
pruebas os daré y castigo.

(Quevedo se encoge de hombros).

Escuchad con atencion:

(Con lentitud).

siempre que es muerto un cristiano

al golpe de agena mano
sin hacer su confesion,
los vivos, que en la infinita
bondad esperan con fé,
donde el hombre muerto fué
clavan una cruz bendita.

QUEV. (Interrumpiendo).
Si no hallais mejores modos
de probar...

OLIVAR. Y esa cruz santa,
lúgubre allí se levanta,
para repetir á todos;
—por tragedia tan cruel
del cielo invocando el nombre.—
«Aquí mataron á un hombre...
Rogad al cielo por él!»

QUEV. (Con estrañeza).
A mi comprension se escapa
vuestra idea... y dadme luz,
porque esa cruz...

OLIVAR. Esa cruz...
(Pónesela delante de los ojos)
la llevais en vuestra capa.

QUEV. (Asiendo la capa con las dos manos).
¿Qué miro? ¡Gran Dios!..:

OLIVAR. (Con solemnidad hipócrita).

El dedo
de Dios sigue al que asesina.

QUEV. (Con desesperacion).
¡Es la capa de Medina!

OLIVAR. (Lo mismo que antes)
¡Hoy le asesinó Quevedo!
(Pausa).

Pues ya mis pruebas os dí,
á dar mis órdenes voy.

(Con voz de trueno).

Capitan.

QUEV. ¡Perdido estoy!

ESCENA XI.

DICHOS.—CASTILLA.—MENDAÑA.—GRANA por el fondo:
despues CAPITAN con guardias por la derecha.

CAST. (Entrando).

(¿Qué diablos sucede aqui?)

OLIVAR. Llegais á tiempo, señores.

(Dirigese á la puerta de la derecha con impaciencia. Los otros tres se miran con estrañeza y encogiéndose de hombros).

QUEV. (¡Su capa!... ¡Cambio funesto!)...

(La estruja entre las manos).

Me ha perdido...—¿Mas qué es esto?

en sus pliegues interiores...

(Palpando con afan)

tiene un bolsillo... un papel...

Veamos.

(Le saca y lee).

OLIVAR. (A los tres, viendo entrar al capitán con soldados).

Mucha atencion.

Capitan, sin dilacion

prended á Quevedo.

QUEV. (Volviéndose de improviso y señalando á Olivares con la mano derecha, mientras lee en voz alta el papel que tiene á la izquierda).

¡A él!...

(Lee).

«A la infanta Margarita

»darás hoy mismo...

OLIVAR. (Lanzándose á él y con voz ronca).

¡Oh! ¡Callad!

QUEV. (A Olivares con acento reconcentrado y contemplando la oracion).

«la muerte.»

OLIVAR. (Al capitán).

Vos, apartad.

QUEV. (Señalando el papel).

¡Y firmais!

OLIVAR. (Con desaliento).

(¡Carta maldita!)

(Quevedo mira con arrogancia á Olivares, que se queda inmóvil y aterrado).

GRANA. (Cosas se ven singulares).

CAST. (Abalanzándose á Quevedo).

¡Quevedo!

MEND. (Id. á Olivares).

¡Señor!...

QUEV. (Deteniéndolos).

Templanza.

¿Suponeis?... Todo fué chanza...

chanza del buen Olivares.

(Dirigiéndose á este, que hace una señal afirmativa).

Vos...

(A los demás).

Ya lo veis... ¡Tiene días!

(Llegándose de nuevo á Olivares y aparte, como lastimándose).

Casualidades siniestras. .

¡por buscar las pruebas vuestras,

fuísteis á dar con las mias!...

(Mendaña, Castilla y Grana, en el fondo, hablan [acaloradamente]).

OLIVAR. ¿Qué intentais?

QUEV. Soy temerario.

(Con acento terrible).

¿Y la infanta?

OLIVAR. Vive.

QUEV. (Con gozo). ¡Oh!

(Dudando).

¿Vive?

(Señal afirmativa de Olivares).

A tiempo maté yo

á vuestro infernal sicario.

Mas otro tal vez...

OLIVAR. Lo juro:

vive y en palacio está

presa y oculta...—No, ya,

segun mandé... de seguro...

se la habrán llevado...

QUEV. (Con furor).

- OLIVAR. A Ocaña...—No, nõ...—De cierto
sabr  el capitán...
- QUEV. Si ha muerto,
de ella este papel responde.
Mañana...—¡Ahoral...—
(Volviéndose   los demás).
¡Escuchad!
(Todos se acercan).
- OLIVAR. (Deteniendo   Quevedo con terror).
(¡Vive, s !)
(¡Qué podrá ser?)
- CAST. (¡Vive!)
MEND. No vais á leer...
OLIVAR. (Con prontitud).
Nada... un soneto...
- QUEV. (Sonriéndose).
Es verdad.
(Quédase Quevedo muy pensativo).
- MEND. Mejor me place la idea.
CAST. (Aparte   Grana).
(Yo me pierdo en conjeturas:
¡qué es esto?)
- GRANA. (Idem).
(Yo estoy   oscuras)
- MEND. Que se lea, que se lea.
QUEV. Lo que me pedis negué
  Olivares, y por eso
trat  de ponerme preso...
- OLIVAR. (Con risa forzada).
Chanza...
- QUEV. Muy pesada   f .
—Y yo, por tomar venganza,
mi soneto he de guardar.
- MEND. No nos deis ese pesar.
QUEV. (Despu  de mirar atentamente   la guardia).
Es que me asust  la chanza.
- OLIVAR. (Con violencia).
Por ella... os pido perdon.

- MEND. Pues dad principio, Quevedo:
vamos, conceded...
- QUEV. Concedo...
(Después de un momento de reflexión).
mas con una condicion:
(Todos escuchan con curiosidad).
Pues que á prenderme ha venido
—aunque en chanza—el capitán...
con los que á su mando van,
—chanza tambien,—muy erguido
marchará luego ante mí
dándome guardia de honor.
- MEND. Brava ocurrencia.
- CAPITAN. (A Olivares).
Señor...
- OLIVAR. Capitán, hacedlo así.
- QUEV. (Al capitán).
¿Lo entendeis?... Y con buen modo
que me obedezcais espero
en todo y por todo...
- OLIVAR. (Interrumpiéndole).
Pero...
- QUEV. (Desdoblando el papel con aire amenazante).
Conde-duque.
- OLIVAR. (Al capitán).
En todo, en todo.
- CAPITAN. (A Quevedo).
Fiel obediencia os prometo.
- QUEV. (A todos con aire risueño).
Pues oid.
(Olivares sigue sus movimientos con inquietud).
- MEND. Al punto, al punto.
- QUEV. (Leyendo).
«A... una... nariz...»
- MEND. (Frotándose las manos).
¡Bravo asunto!
- QUEV. (Aparte á Olivares).
Y escuchadme bien.
(A todos leyendo).

«Soneto.»

(Quevedo se aproxima á la luz, cerca de Olivares, pero quedando la mesa entre los dos; los demas permanecen á cierta distancia. Quevedo leerá con lentitud y voz sonora los ocho versos del conocido soneto A UNA NARIZ que están subrayados, diciendo á Olivares aparte y con el tono conveniente, los intercalados en los dos cuartetos. Los otros, y en particular Mendaña, escuchan la lectura con gran contentamiento).

Érase un hombre á una nariz pegado;

(como al Rey el privado que aqui priva):

érase una nariz superlativa;

(como la audacia loca del privado):

érase una nariz sayon y escriba:

(estais verde... amarillo.. jaspeado):

érase un peje espada muy barbado;

(os veis como raton en una criba):

Era un reló de sol mal encarado,

(como vos al tragar tanta saliva):

érase una alquitara pensativa;

(de ver á un favorito... alquitarado):

érase un elefante boca arriba;

(como están hoy las cosas del Estado):

era Ovidio Nason mas narizado;

(En tone amenazador).

(¡Rogad al cielo que la infanta viva!)

OLIVAR. (¡Vive!)...

QUEV. (¡Si ha muerto, ay de vos!)

MEND. (Riéndose).

Proseguid...

QUEV. (Volviéndose de Improviso á los demas).

Torpe y confusa

mi cabeza... Estoy sin musa.

(En actitud y tono militar).

—¡Capitan!... ¡En marcha!...

(A los demas con magestad grotesca al retirarse).

Adios!

(Vase por la derecha con la guardia).

ESCENA XII.

OLIVARES.—MENDAÑA.—CASTILLA.—GRANA.

- MEND. Siempre alegre don Francisco.
- OLIVAR. ¡Maldito de Dios su nombre!
- MEND. Y al fin no acabó el soneto...
Voto á Polimnia y Caliope!...
- GRANA. (Mirando á la derecha).
Ya atraviesa con su guardia
los últimos corredores.
- MEND. ¡Dejarnos así... Por vida!...
si es un torbellino ese hombre.
- OLIVAR. (¡No me burlará mañana
como me burló esta noche!)
- GRANA. Solo ocho versos nos dijo...
- MEND. Y un soneto... da catorce
- GRANA. (A Castilla).
Vos, ¿nada hablais?
- CAST. (Aparte á Grana).
Nada, nada.
(Señalando la lengua).
No quiero que me la corten.
- GRANA. Callad... prudencia.
- MEND. (Llamando la atención sobre Olivares, que aparece ensimismado).
A Olivares
quizás la musa le sople
también, y... ¡mejor!... Miradle:
por su actitud sé conoce...
Quiere dar fin al soneto,
y discurre el estrambote.
- OLIVAR. (Agitando la cabeza y volviendo sobre si).
(¡Mañana será otro día!)
- MEND. (A Grana y Castilla, al notar el movimiento de Olivares).
Silencio: atención, señores.
- GRANA. Hacia aquí la Reina sale.
- OLIVAR. (Largas son sus oraciones).

ESCENA XIII.

DICHOS.—LA REINA, que sale de la capilla apoyándose en
DOÑA INES.

REINA. Es verdad, me siento débil;
débil cual nunca esta noche.
(Reparando en ellos).

¿Aun estais aquí?

OLIVAR. Señora,
nuestro deber nos lo impone—
Antes,—con luces,—servimos
á la Reina; y como entonces,
—bien que sin luces—estamos
prontos á cumplir sus órdenes.

(Todos se inclinan: la Reina escucha con distraccion).

Como veis, solo, señora, —

(Con tono ligero).

de entre tanto servidores

falta vuestro caballero...

y, ¡por Dios que anduvo torpe!...

Que el honor de dar la mano

á una Reina hermosa y jóven,

ni un galán lo cede nunca,

ni jamás lo olvida un noble.

REINA. Basta ya... basta, Olivares.

INÉS. Es hora de que repose

Vuestra Majestad.

OLIVAR. Pues dísteis

fin á vuestras devociones,

debeis descansar...

REINA. Es cierto.

OLIVAR. (Con intencion).

¡Tristes serán vuestras noches!

REINA. (Sin oírle).¹

(¡Oh! La infanta Margarita

(Dirigiéndose á su cámara).

dicen que vino á la córte)...

OLIVAR. Permitidnos...

REINA. No, quedaos.

(Todos se inclinan. Mendafia, Castilla y Grana hablan para sí; Olivares contempla con una sonrisa á la Reina, que se encamina lentamente á su cámara).

(¡Quién la detiene y en dónde?

¡Cuánto consuelo hallarian

juntos nuestros corazones!

Margarita... ¡Alma sublime!

¡Cuál mis acerbos dolores

calmaria!—El nos se para...

(Llorando).

Dios su maldad le perdone!

ESCENA XIV.

DIHOS.—QUEVEDO.—Despues MARGARITA y guardia.

QUEV. (Entrando por la derecha).

Hoy de vuestra Magestad

una audiencia solicita...

REINA. (Desde la puerta de su cámara y sin volver la cabeza atrás).

¡Quién?

QUEV. La infanta Margarita.

(Introduciéndola de la mano, seguido de la guardia).

REINA. (Con acento de júbilo, precipitándose en sus brazos).

¡Gran Dios!

MARG. (Idem).

¡Qué felicidad!

OLIVAR. (Fuera de sí).

(Ella!... aun estaba en palacio!)

(Quevedo contempla con los brazos cruzados á Olivares, que dá muestras de desesperacion).

REINA. ¡Soy feliz!

MARG. ¡Te he vuelto á ver!...

REINA. Pero, ¡cómo, cómo?...

MARG. Ayer...

(Reparando en Olivares).

Todo lo sabrás despacio.

(La Reina, conducida por Margarita se dirige á su cámara por entre los guardias, que las abren paso, y seguidas de Mendaña, Castilla y Grana que los acompañan hasta la puerta),

QUEV. (A Olivares con sarcasmo).

Prevenidle con afan
flores, festejos y galas.

OLIVAR. (Furioso).

¡Yo te cortaré las alas!
¡Oh!... ¡su prision!)... (Llamándole). Capitan.

QUEV. Pajes prevenidla y coches.

OLIVAR. (Al Capitan, que á su voz se acerca por el lado opuesto).
Llevad!...

(Señalando á Quevedo con aire feroz).

QUEV. (Desdoblando un papel y con el aire mas natural).

Soneto.

(Al oír esto se acercan con curiosidad).

OLIVAR. (Aterrado por el ademan de Quevedo).

¡Oh! ¡Me espanta!

QUEV. (Al Capitan y como concluyendo la frase de Olivares).

Guardia de honor á la Infanta.

(A Olivares y saludándole irónicamente con el papel).

Conde-duque, buenas noches.

(Váse por la derecha y cae el telon).

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA.

Un mes ya!... tan largo plazo
para jornada tan corta!...
La tardanza de Quevedo
me desconcierta y me asombra.
Qué podrá ser? El camino
desde Madrid á Lisboa
no es hoy seguro, y acaso...
Vagas sospechas me acosan.
Vengativo el Conde-duque
nunca olvida ni perdona,
y si á su fin le conducen,
poco los medios lo importan.
En el mundo hay asesinos
que con el oro se compran...
Olivares es malvado...
—Tal vez Quevedo á estas horas...
¡Oh! ¡Dios mio!... Dios lo sabe:
nunca fuí supersticiosa;
pero esta idea terrible
es un dogal que me ahoga.
—Varonil y fuerte. nunca
temblé de terror... Y ahora,

al pensar en él ¡ay! tiemblo
como en el árbol la hoja...

—¿Qué pasa por mí?... Quevedo...

—¡Siempre fijo en mi memoria!...

¡Oh! la gratitud... Sin duda...
no puede ser otra cosa.

¡Cierto!... la altiva Duquesa

Margarita de Saboya,

que no conoció en su vida

más voluntad que la propia;

la que, nunca dominada

siempre fué dominadora

con su voluntad de hierro

y su corazón de roca;

esa mujer soberana,

con su altivez por corona,

siempre es la misma, la misma!...

—¡No!... delante de él es otra!...

Otra, sí... Nadie en el mundo

logró lo que ese hombre logra...

Quevedo ¡ay Dios! me fascina...

—¡Jamás!... ¿qué digo? ¡Estoy loca!

—No, delante de Quevedo,

mis mejillas se coloran

y mis ojos se humedecen

y mi mente se trastorna!...

¡Sí!... Siempre al sentir sus pasos,

temblé... como tiemblo ahora

sin sentirlos... Sin sentirlos!...

—No... los siento en mi memoria!

ESCENA II.

MARGARITA.—LA REINA, que sale de su cámara.

REINA. Margarita...

MARG. (Volviendo sobre sí).

¡Oh!...—¿Me buscabas?...

REINA. Sí, y al hallarle tan sola,

- me sorprende... Tú llorando!
- MARG. ¡Cómo!
- REINA. ¡Tú, que nunca lloras!
- MARG. ¡Qué ilusión!... Tú lo dijiste:
nunca del llanto las gotas
por mis mejillas corrieron.
- REINA. Plegue á Dios que nunca corran!
- MARG. Yo así lo espero...—Las lágrimas
siempre son infructuosas.
- REINA. El llanto calma las penas.
- MARG. El valor triunfa de todas.
—En eso mismo pensaba
cuando llegaste. La hora
de vencer á la desgracia
se acerca para nosotras.
- REINA. ¡Loca esperanza!
- MARG. ¡Qué dices?
- Si hoy mismo Quevedo torna,
para triunfar de Olivares
armas traerá de Lisboa.
- REINA. Esas armas...
- MARG. Son seguras;
y han de darnos la victoria,
descubriendo del ministro
las maquinaciones sordas.
—Bien lo sabes: Portugal,
antes provincia española,
se hizo reino independiente.
siendo yo gobernadora...
Que no fué por culpa mía,
bien en mis despachos consta;
con tiempo avisé el peligro
y pedí dinero y tropas...
Pero sordo el Conde-duque
á mis peticiones todas,
juzgó sueños mis temores,
me creyó débil ó loca.
Pues bien: ya que la esperiencia,
aunque por mi mal, me abona;

por las cartas de Olivares, llenas para el Rey de mofa, sabrá el Rey que ese ministro, con escándalo de Europa, necio ó traidor, ha vendido un joyel de su corona.

(La Reina va á hablar).

Quevedo hallará esas cartas que ocultas dejé en Lisboa... Una sola puede darnos venganza terrible y pronta!

REINA. Me haces temblar.

MARG. El malvado, por dar fin á sus zozobras, quiso asesinarme...

REINA ¡Cielos!... No recuerdes esa historia.

MARG. Sí; y á no ser por Quevedo que brotó de entre la sombra, el sicario de Olivares...

REINA. ¿Y á qué recordarlo ahora? Vives y estás á mi lado... ya Olivares no lo estorba... ¡Oh! tal vez arrepentido ya de su accion se sonroja...

MARG. Le conoces mal.

REINA Con todo, de ello responden sus obras. Es el Rey... y en palacio desde aquella noche moras; y hace nn mes que el de Olivares te consagra sus lisonjas, te distingue...

MARG. Y sin embargo, en su corazon me odia.

REINA. ¿Y cómo explicar?...

MARG. Quevedo al partir para Lisboa, enseñándole un papel,

le dijo con risa irónica:
«Pues en vos queda la infanta
Margarita de Saboya,
conmigo va este soneto,
para que de ella responda.»

REINA. No comprendo.

MARG. De mi vida
él responde con la propia;
tiene las manos atadas.

—Y si al fin Quevedo torna;
la ruina del favorito
será inevitable y pronta.

REINA. (Qué intentas?

MARG. Salvar á España
de un yugo que la deshonra;
comprar tambien el castigo
del tirano...

REINA. Si es á costa
de mi eterna desventura,
caro su castigo compras!...

MARG. ¡Oh! ¿qué dices?

REINA. La esperanza
jamás el triste abandona;
y yo, en mi delirio, á veces
aun espero ser dichosa.

—Solo hay un medio: Olivares
con intencion cautelosa
guarda ese escrito sangriento
en que mi inocencia consta!...

—Y en mi tomará venganza,
si tú su rencor provocas,
aniquilando ese escrito
que es ¡ay! mi esperanza sola.

MARG. ¡Calla. calla!

REINA. Margarita.

tú tan buena y generosa,
no harás uso de tus armas,
si han de volverse en mí contra.

MARG. ¿Qué dices?—España sufre...

Dios en mis manos coloca
su remedio.—Antes que todo,
es esta nacion heróica!

REINA. ¿Y tú amor?

MARG. El mismo siempre.

REINA. ¡Salva mi dicha y mi honra!

MARG. Despues...

REINA. (Con desaliento y amargura).

¡Ay! será muy tarde.

MARG. (¡Gran Dios! mis fuerzas se agotan!

¡no puedo más!)

REINA. Margarita.

tú serás mi salvadora.

—El castigo de Olivares
puede aplazarse y...

MARG. (Con exaltacion). ¿Qué importa,
si en tanto ese hombre!...—Imposible!

La Côte y España toda
sufren su tirano yugo
y sus desafueros lloran.

REINA. ¡Hombre fatal!

MARG. Por su causa

la España, terror de Europa
y del mundo en otro tiempo,
duerme en el olvido ahora.

Por él lloramos perdidas
tantas conquistas gloriosas,
unas al hierro entregadas,
y al oro vendidas otras.

Mas de trecientos navíos
tragaron del mar las olas
por él; y por él perdimos
á Esthin, Wiranzan y Dola,
y á mas las Islas Terceras,
y el ducado de Borgoña,
y el Brasil y el Rosellon,
y Ormuz, Fernanbuco y Hoa!

Y no ha mucho Portugal,
(Con énfasis).

siendo yo gobernadora,
por su rey al de Braganza
corona en Villaviciosa...
REINA. (Mirando hácia la derecha). Calla!

ESCENA III.

DICHAS.—MENDAÑA.—OLIVARES.—GRANA.—CASTILLA
que entran muy engolfados en su conversacion por la derecha. Al verlos,
la Reina se va retirando hácia su cámara acompañada de Margarita.

OLIVAR. Sabré quien ha sido.
MEND. ¡Mejor! morirá en la horca.
REINA. (Piénsalo bien).
MARG. Hasta luego.
(La Reina entra en su cámara; Margarita la contempla con expresion de ternura).
OLIVAR. Fué solo un susto.
GRANA. No importa.
MEND. Mejor, mejor.
OLIVAR. Mas la infanta...
MEND. La Infanta?... mejor.
(Todos saludan á Margarita, que se va acercando hácia ellos)
OLIVAR. Señora...
MARG. Pálido estais, Conde-duque.
MEND. No es para menos la cosa.
MARG. Pues, qué ha habido?
OLIVAR. Nada... nada...
MEND. Un disparo á quema ropa!...
OLIVAR. Bien, no me ha herido
MEND. Mejor.
MARG. Conde-duque, estoy absorta.
OLIVAR. No nos ocupemos de ello
(A los tres).
—Sobre asuntos de mas monta
tengo que hablar á Su Alteza;—
con que... dejadnos á solas..

Hasta despues. (Saludándolos).
(Los tres se inclinan y vanse por la derecha).

MEND. (Marchándose): Despacito
voy á examinar ahora
el estrago que las balas
hicieron en su carroza.

ESCENA IV.

MARGARITA.—OLIVARES,

MARG. Conde-duque, mal os quieren.

OLIVAR. Vos interpretáis las cosas
de una manera...—Ese tiro
fué casualidad, señora.

MARG. Eso pensais?

OLIVAR. Quién lo duda?

En honor á mi persona,
como siempre, en las Salinas
hizo una salva la tropa...

MARG. Si hay plomo en los arcabuces,
las salvas son peligrosas...

OLIVAR. Nada temais.

MARG. No os conviene
gastar en salvas la pólvora.

OLIVAR. La torpeza de un bisoño
no os debé causar zozobra.

MARG. No, mas tened vos en cuenta
que hay mucha gente bisoña.

OLIVAR. Vivid tranquila: las balas
no han de quemarme la ropa...
—Para tiros más seguros
pienso prevenir mi cota.

MARG. Otros temeis, Conde-duque?

OLIVAR. Certeros y de arma sorda
son los tiros de la Infanta
Margarita de Saboya...

MARG. ¡Oh! Pues diz que ella dispara
siempre al corazón

OLIVAR. Hay otras
opiniones... Diz que apunta,
y al tirar... tiembla ó perdona.

MARG. Mal la conoceis.

OLIVAR. Con todo;
un mes hace por ahora
que á mi privanza la guerra
declaró en debida forma;
y hasta el presente no he visto
las hostilidades rotas...
Y es que en ausencia de Marte
duerme sin duda Belona.

MARG. Los plazos al fin se cumplen:
las deudas al fin se cobran.

OLIVAR. Yo, á la verdad, no comprendo
como os estais tan ociosa.

MARG. Vos lo habeis dicho: le aguardo,

OLIVAR. Ya... no os atreveis vos sola ..

MARG. ¡A todo!

OLIVAR. Pues qué os detiene?

MARG. ¡Teneis preguntas muy hondas!

OLIVAR. Con que le aguardais?

MARG. Le aguardo.

como el labrador la aurora..

OLIVAR. ¿Y si acaso no volviese?

MARG. (¡Gran Dios!)

OLIVAR. La fortuna es loca,

y á veces por sus caprichos,

el plan mas hábil aborta,

y se pierden como el humo

las más diestras maniobras.

MARG. ¡La justicia triunfa siempre!

OLIVAR. Cuando el ardid no lo estorba:
bien lo sabeis.

MARG. Conde-duque,
sé que hay puñales!

OLIVAR. (¡Oh! llora!)

MARG. Pero sé también,—y acaso
lo debo á vuestra persona—

que una espada de buen temple
para cien puñales sobra.

OLIVAR. (Acercándose á ella en voz baja y acento siniestro).
¡Pues no aguardéis á Quevedó!

MARG. (Aterrada y con vehemencia, levantando las manos al cielo).
¡Oh!... Virgen... ¡misericordia!

ESCENA V.

DICHOS.—QUEVEDO por la derecha y en traje de camino.

QUEV. Aquí estoy porque he venido.

OLIVAR. (¡Oh furor!)

MARG. (Mirando al cielo y con las manos juntas).

Gracias, Señora.

OLIVAR. (En tono ligero).

Vos, don Francisco...

QUEV. Acabad.

Quevedo y Villegas...

OLIVAR. Pues;
caballero santiagoés...
gracias...

QUEV. Al diablo.

OLIVAR. Es verdad.

QUEV. Y á la cruz.—Y á todos pago;
que si de Santiago soy
caballero, gracias doy...

OLIVAR. Si, á Medina.

QUEV. No, á Santiago.

—Al tornar de mi viaje,
por veniros pronto á ver,
no me quise detener
ni aun para cambiar de traje.

OLIVAR. Mucho estimo tal finezá.

QUEV. (Reparando en Margarita),
Señora...

(A Olivares). Pálida está!

Si un ultraje... (Amenazante).

OLIVAR. Ella os dirá.

MARG. (Saludando para retirarse).
Adios.
QUEV. Serviré á Su Alteza,
(Acompáñala hasta la puerta).
MARG. (Aparte á Quevedo).
Y bien?
QUEV. (Idem). Nuestra es la jornada!
MARG. Vienen los papeles?
QUEV. Sí;

mas no viene sobre mí
por temor de una emboscada.
MARG. Bien...—La Reina está mortal...
teme.
QUEV. Con razon á fé.
MARG. Salvadla!
QUEV. La salvaré.
(Despues de despedirse).
(Tiene un alma celestial!)
(Entra en la cámara de la Reina).

ESCENA VI.

QUEVEDO.—OLIVARES.

QUEV. (Contemplándola al partir).
(Es mujer ó es ilusion?...
—Oh! Por ella con fé pia
gota á gota verteria
la sangre del corazon!)
(Quevedo se queda inmóvil: Olivares, que ha contemplado á los
dos fijamente, se acerca á él).
OLIVAR. (Vive Dios que está despacio!
(Pónale la mano sobre el hombro).
QUEV. (Volviéndose rápidamente),
Quién?
OLIVAR. Tan ceñudo y suspenso,
qué es lo que pensais?
QUEV. No pienso.
Nunca se piensa... en Palacio.

OLIVAR. Pues, qué hacías de ese modo?

QUEV. Repasaba en mi memoria
cierta peregrina historia...

OLIVAR. De amores?

QUEV. Tiene de todo.

OLIVAR. ¿Será entretenida?...

QUEV. Oh! Mucho.

(Después de un momento).

Quereis la historia saber?

OLIVAR. Me será de gran placer.

QUEV. Pues escuchadme.

OLIVAR. Os escucho.

QUEV. Eranse un Rey muy celoso,

y una Reina muy hermosa;

la Reina del Rey esposa,

y el Rey... de la reina esposo.

Y así unidos ante Dios,

como á un árbol dos raices,

eran los dos mas felices,

porque se amaban los dos,

—Pero un hombre—un favorito—

que en la dicha y el poder

solo ambicionaba ser...

(Movimiento de Olivares).

Oid.—Ese hombre maldito,

por influir sin rival

del Rey en el corazon,

alzó de infamia un padron

entre la pareja real.—

Con habilidad cruel,

le hizo muy hábil su estrella

mintiendo culpas en ella,

encendió celos en él.

Y el Rey maldijo en sus celos,

á la Reina por impura;

y la Reina... era tan pura

como un ángel de los cielos.

Y desde entonces los dos

no se han vuelto á unir jamás;

- y el vive... triste quizás,
y ella dudando de Dios.
- OLIVAR. Permitidme que os ataje;
porque, ó miente mi memoria,
ó vos al contar la historia,
olvidais un personaje.
(Quevedo quiere interrumpirle).
Ya esa historia me contó
no se quién, cómo, ni dónde,
y anda en ella cierto Conde...
El amante.
- QUEV. No!
- OLIVAR. Sí.
- QUEV. No!!
- OLIVAR. (Con frialdad).
De ese buen Conde afirmaron
que con la Reina le vieron
amante feliz...
Mintieron.
- QUEV. Pues así me lo contaron.
- QUEV. Yo os lo contaré mejor.
- OLIVAR. El Conde á la Reina amaba.
- QUEV. Pero la Reina ignoraba
su desatinado amor.
- OLIVAR. Y quién lo podrá probar!...
- QUEV. Hay una prueba sangrienta...
- OLIVAR. Como nadie la presenta...
- QUEV. No la quieren presentar.
Escuchadme.—El favorito,
que á la Reina calumnió,
tal delito coronó
con otro delito nuevo.—
Sabedor de la verdad,
el Conde sólo podía
poner en claro algun día
tan cobarde iniquidad.
Era un testigo harto fiel..
—Pero ya resuelto á todo,
halló el favorito modo

para deshacerse de él.—
Y al pié del alcázar real
diz que una noche á traicion,
pasó al Conde el corazon.

OLIVAR. (Con disgusto interrumpiéndole).
Sí, una espada.

QUEV. No, un puñal!
Lo oís?... Para hazañas tales

no presta el valor espadas.

OLIVAR. Mas...

QUEV. Para muertes compradas,
la traicion vendē puñales.

OLIVAR. Basta.

QUEV. Oid.—Al espirar,
el Conde escribió un papel
con sangre...—Vengo por él.

OLIVAR. Cómo!

QUEV. Y me lo vais á dar.

OLIVAR. Nunca!

QUEV. Sí, si, por quien soy...

(Saca un papel).
De ello esta firma responde.

OLIVAR. Pero...

QUEV. (Con imperio),
El eserito del Conde!

OLIVAR. (Después de un momento y señalando con timidez el papel de
Quevedo).

Dadme ese en cambio.

QUEV. (Después de un movimiento de extrañeza y con tono despreciativo).

Os le doy.

OLIVAR. (Con asombro).
Me le dais?

QUEV. Lo dije ya.

OLIVAR. (Dirigiéndose á la cámara del Rey).
Vuelvo...

QUEV. Sin esto—lo sé,—
ya sin armas quedaré;
mas, qué importa?

OLIVAR. Bien está!... (Vase).

QUEV. Entre hacer el bien del bueno
y el mal del malo, dudara
solo un hombre que abrigara
ese corazon de cieno!

ESCENA VII.

QUEVEDO.—Despues MENDAÑA.—CASTILLA.—GRANA,
que entran por la derecha y vuelven á salir por el fondo izquierdo.

QUEV. Bravo, corazon, muy bien!
estoy contento de ti.
(Mirando á la derecha).
Mas...—Que apunto siempre estén
los nécios!...—Si ahora me ven,
no podré echarlos de mi.
(Se oculta).

MEND. (Entrando con los otros dos).
Conde-duque... Pues no está.

GRANA. Sin duda en aquellas salas...

MEND.: Vamos á buscarle allá.

CAST. Pues; con eso nos dirá
cómo le suenan las balas. (Vánse).

QUEV. No me han visto.—Es fuerte apuro
que me hayan de perseguir
nécios siempre, y de seguro
con este infame conjuro:
«Quevedo, hacednos reir.»
Y es, por Dios, contraste horrendo,
y aun vice-versa nefando,
y hasta sarcasmo estupendo,
que ellos escuchen riendo
lo que yo digo rabiando.
—Tal vez porque se desvien,
suelto un chiste insulso y frio...
mas de gusto se deslien
y tanto á veces se rien,
que al fin... yo tambien me rio.

—Risas hay de Lucifer...
risas preñadas de horror!
Que en nuestro mezquino ser,
como su llanto el placer,
tiene su risa el dolor!

—Nécios, los que abris las bocas,
abrid los ojos! . . Quizás
vereis que mis risas locas
son de lástima no pocas,
y de tédio lás demás!...

—No!... con su chata razon
no comprenden, cosa es clara,
que mis chistes gotas son
de la hiel del corazon
que les escupo á la cara.

—Y jamás librarme puedo
de ese infernal retintin,
que ya me produce miedo:

«divertirnos vos Quevedo,»
—y hablo y los divierto al fin.—

¿Qué tal?—Me divierto mucho,
dice, al divertirse, un vicho,
ya en diversiones muy ducho...

—Y con qué temblor lo escucho
yo que en mi vida lo he dicho!—

Sí... los necios de mil modos,
que se divierten discurro
hasta por cogote y codos...

Y yo, al divertirse todos,
siempre me canso y me aburro.

(Pausa).

Cansado estoy de cansarme
y aburrido de aburrirme...

—¡Nécios... venid á enseñarme
cómo tengo de arreglarme
para saber divertirme!

—Y si en torno, hasta morir,
solo necios me he de hallar
y con necios sonreir

y entre necios divertir,
viendo á los necios bailar;
—Padre Adan!.. Tu parentela
mire yo en corro infinito,
á la luz de una pajuéla,
bailando la tarantela...
pues .. y el baile de San Vito!..

ESCENA VIII.

QUEVEDO.—OLIVARES.

- OLIVAR. (Dándole un papel).
Carta póstuma, Quevedo.
- QUEV. (Después de mirarlo por todos lados y entregando á Olivares el otro).
Carta inédita, Olivares.
- OLIVAR. Pláceme por Dios el trueque.
- QUEV. Por Dios que también me place.
- OLIVAR. (Leyendo).
«A la Infanta Margarita...»
- QUEV. La órden era terminante.
- OLIVAR. «Darás al punto la muerte.»
- QUEV. Sentencia que vos firmásteis.
- OLIVAR. Es verdad.—Y este soneto,
como dimos en llamarle,
si... me ha puesto algunas veces
descolorido el semblante.
- QUEV. Pues ese escrito sangriento
—Ved lo que son los contrastes!—
ha de volver los colores
al puro rostro de un ángel.
- OLIVAR. (Con gran complacencia).
Soneto impío.—Quevedo,
permitidme que le rasgue
sin demora...—No; imagino
que es más seguro quemarle.
- QUEV. ¡Carta feliz!—Conde-duque,

permitidme que repase
sus renglones...—De la Reina
quiero en la dicha gozarme.

OLIVAR. Y esperais?...

QUEV. (Con tono solemne).

En este escrito
hoy habla al Rey un cadáver!
(Leyendo).

«Al Rey.»—Oid cómo escriben
los moribundos con sangre:

—«Muero, es justo; la beldad

»amé, que en el trono ví...

»Pero siempre—es la verdad!—

»ignoró Su Magestad

»este ciego frènesi.

»Jamás hablamos los dos...

»Lo jura un alma cristiana

»ya en la presencia de Dios!

»Muero... perdonadle vos!

»Con sangre... Villamediana.»

De la fé de un moribundo

ni el Rey dudará ni nadie.

OLIVAR. Pero vos al recibirla,

me parece que dudásteis...

QUEV. De su origen; Conde-duque!...

Porque como sois tan hábil,

me asaltó al punto un recelo...

OLIVAR. Pues me hicísteis un ultraje.

—No falsifica papeles

la raza de los Guzmanes!

QUEV. Pero si un Guzman se nombra

Conde-duque de Olivares....

OLIVAR. (Con arrogancia).

Nunca falsifica!...

QUEV. (Con frialdad y sarcasmo).

Cierto...

Cartas... escritas con sangre,

y es que tal vez le repugna...

OLIVAR. Sí!... envilecerse!

- QUEV. O sangrarse.
- OLIVAR. Nunca, y lo sabreis muy pronto; nunca pequé de cobarde.
- QUEV. Sois audaz... y aun está en pleito el valor de los audaces.
- (Pausa).
- OLIVAR. (Afectando tono natural). Quevedo, un mes hace ahora, —no quisiera equivocarme,— que en esta cámara misma... —cierto, en esta fué...
- QUEV. Adelante.
- OLIVAR. Yo entonces, para prenderos...
- OLIVAR. Pues, á la guardia llamásteis, que, por venir á prenderme, tuvo despues que escoltarme.
- OLIVAR. Un soneto os salvó entonces.
- QUEV. Sonetos de vos me salven.
- OLIVAR. (Mostrándole el papel al marchar). Hoy os falta ya el soneto.
- QUEV. (Con naturalidad). Pues... me salvará un romance.
- (Olivares váse sonriendo por la derecha).

ESCENA IX.

QUEVEDO, —Despues MARGARITA. —Al desaparecer Olivares, Quevedo se dirige con rapidez á la puerta de la cámara de la Reina.

- QUEV. (Llamando). Duquesa... Duquesa. —Quiero darle estas letras de sangre sin demora... Mas... Duquesa! Salid!... Oh dicha!... Ya sale.
- MARG. Erais vos?...
- QUEV. Perdonad si anduve osado.
- MARG. Qué eso digais?
- QUEV. Como ofrecí, señora, sin grande desazon para el privado, esta carta sangrienta he rescatado,

y os la presento ahora.

(Margarita la toma y pasa por ella una mirada).

MARG. ¡Sois el génio del bien!

QUEV. Dadme otro nombre.

Mezquino entre los hombres me confundo,
y hombre frágil tambien...

MARG. Si sois un hombre,
habeis nacido para honrar el mundo!

QUEV. ¡Callad, por compasion!

MARG. ¡Cuánto os admiro!

Alma teneis de celestial esencia...

—¡Oh! bendita de Dios vuestra existencia
consagrada...

QUEV. Al estudio y al retiro,
señora, y nada más.

MARG. Y á los que gimen
consagrada tambien.—¡Oh! sí, bendita
un alma, cual la vuestra, que se agita
en pró de la virtud y contra el crimen!

(Movimiento de Quevedo).

Y no me lo negueis!...—De la ventura
nuncio mortal, por bien de los mortales,
desterrais de las almas la amargura;
y, olvidado tal vez de vuestros males,
vivís por dar alivio á los agenos,
y amparo á la virtud, y al crimen guerra...

—¡Oh! ¡Sereis muy feliz!

QUEV. (Con amargura).

¡Nunca!—en la tierra
nadie es feliz, señora.

MARG. Ni aun los buenos?...

QUEV. *«De una madre nacimos
los que esta comun aura respiramos;
todos muriendo en lágrimas vivimos
desde que en el nacer todos lloramos!»* (1)

MARG. ¡Teneis harta razon!—Mas yo creía
que á vos el cielo con largueza os daba

(1) Quevedo, Músa 1.

ventura y alegría,
que á vos eterno el bien os sonreia...

QUEV. ¡Oh! Tarde empieza el bien, y pronto acaba!

MARG. Yo pensé que el placer, libre de enojos,
era en Quevedo condicion precisa...

QUEV. Nunca busqueis la flor en los rastrojos!..

MARG. Yo ví siempre el contento en vuestros ojos;
y en vuestros labios contemplé la risa!..

QUEV. ¡Risa fatal de la tristeza loca!

MARG. ¡¡Oh! qué aspecto y qué voz!.. Me ha enternecido.

QUEV. Me comprendísteis mal... (Es una roca).

MARG. (Acercándose con vivo interés).

Estais descolorido...

QUEV. (Turbado).

Tal vez...

MARG. (Como dejándose arrastrar por una fuerza irresistible de asenti-
miento).

¡Quevedo!

QUEV. (Fuera de sí, precipitándose hácia ella).

Comprenderme os toca.

MARG. (Rechazándole con espresion que á la actríz sola es dado deter-
minar, y retrocediendo).

Mas siempre una sonrisa en esa boca!

QUEV. (Con desfallecimiento y amargura).

¡Y en este corazon siempre un gemido!

MARG. (Resonaba en su voz el asentimiento).

QUEV. (Yo he de perder al cabo la cabeza).

Vuestra Alteza... tal... vez.

MARG. (Fáltame aliento).

QUEV. De mi loca tristeza

no haga caso ninguno Vuesa Alteza...

MARG. Dejad la Alteza ahora...

Escusad nombres vanos.

—Amiga, y no señora...

QUEV. (Interrumpiendola).

La carta salvadora

que puse en vuestras manos,

á la Reina entregad.—Con razon harta

será alivio á sus penas esa carta.

MARG. Es verdad.

QUEV. Ante todo,
—como amigo os lo ruego—
haced que al punto y de cualquier modo
á las manos del Rey pase este pliego.

(Dála un pliego grande y sellado).

MARG. Bien, bien.

QUEV. (Me reconcilia
con la ruin sociedad alma tan pura).

MARG. Será de Portugal?...

QUEV. Es de Sicilia

—Llegado á Portugal, en derechura
me encaminó á Palermo mi ventura.

Y ese pliego es de allí.

MARG. Vuestra tardanza

comprendo bien ahora.

Qué contiene ese pliego?

QUEV. Una esperanza.

MARG. (Con afan).

Voy á entregarle al Rey.

QUEV. Gracias, señora.

MARG. Y luego estad alerta

de la cámara real junto á la puerta.

(Entra Margaritá en la cámara del Rey).

ESCENA X.

QUEVEDO.—OLIVARES.

QUEV. Y ella tambien, cual todos, se ha engañado,
y muy feliz, cual todos, me ha creído...

—Cómo insultan mi ser desventurado

«los que ciego me ven de haber llorado

y las lágrimas saben que he vertido!» (1)

—Ellos!... prole raquítica y liviana!...

Si ojos hoy para verme no han tenido,

(Marcada ironía).

(1) Quevedo, Musa IV.

claros su prole los tendrá mañana!

(Con amargura).

Es verdad!... Yo lo espero,

vive Dios!...—En el tiempo venidero,

al nombrarme las gentes

se reirán á mandíbulas batientes.

De pensarlo no más me inunda el gozo!

Si, Quevedo, los hombres. oh ventura!

allá en la edad futura,

te honrarán... con chacota y alborozo!

Y al ver tu calavera, alegre risa

(Sarcasmo sangriento).

llamarán á su gesto; y, por laureles,

al son de un tamboril, despues de misa,

ceñirán a tu frente blanca y lisa,

corona... de juglar... con cascabeles!!

OLIVAR. (Eutrando por la derecha).

Ya me teneis aquí.

QUEV.

Tal compañía

no era inútil á fé.

OLIVAR.

Por vida mia,

que de vos me ocupaba hace un instante.

QUEV.

Gracias.

OLIVAR.

Caprichos.—Me divierte veros

en régia magestad y aire triunfante

con escolta imperial de alabarderos...

—Un mes hará que hicisteis esta escena,

y hoy la hareis otra vez... porque es muy buena.

Ya mis ordenes dí...

QUEV.

Sí, hablemos claros:

para prenderme.

OLIVAR.

Pues. , para escoltaros.

QUEV.

(Con conviccion).

Tambien me escoltarán.

OLIVAR.

De otra manera.

—Hoy, para honraros, os saldrá al encuentro
la guardia, en la escalera...

Y hoy no con vos la guardia se irá fuera,

porque vos con la guardia os vendreis dentro.

- QUEV. Muy bien trazado á fé.
- OLIVAR. Para este lance, no teneis un soneto...
- QUEV. Y quién se aflige?
Al fin, y ya os lo dije,
yo, en cualquiera ocasion, tendré un romance.
- OLIVAR. Estais loco sin duda.—
De mi pensais libraros?—Algun dia
un ilustre señor os protegía...
mas ya en esta ocasion no os dará ayuda.
Ese altivo Giron, á quien se nombra
el gran duque de Osuna, ya no existe.
El, que grandé y feliz os prestó sombra,
ya murió pobre y olvidado y triste:
- QUEV. (Indignado).
Respetad á los muertos!
- OLIVAR. Sus pesares
de su gloria nacieron...
- QUEV. Olivares!...
—«Faltar pudo su pátria al grande Osuna,
pero no á su defensa sus hazañas;
diéronle tumba en cárcel las Españas,
de quien él hizo esclava la fortuna.
Lloraron sus envidias una á una
con las propias naciones las estrañas...
Su tumba son de Flandes las campañas,
y su epitafio la sangrienta luna.» (1)
- OLIVAR. (Interrumpiéndole).
Muy bien contais su gloria!
- QUEV. Y quién la vuestra contará?
- OLIVAR. La historia
repassad, buen Quevedo, y pues en Flandes
á los Girones encontráis tan grandes,
buscad á los Guzmanes en Tarifa,
y enseñad á la gente
Guzmanes y Girones frente á frente.
- QUEV. Guzmanes!... Si tan ínclitos varones

(1) Quevedo, Musa I.

crecido hubieran con bastardos planes
como vos, que heredásteis sus blasones...
frente á frente Guzmanes y Girones,
nõ diera yo un Giron por cien Guzmanes!

OLIVAR. Vive Dios!...

QUEV. Un Guzman, con su heroismo

nombre de Bueno conquistó en Tarifa!

—Hiciérais vos lo mismo?

Ese ilustre Guzman de pecho fuerte,

más fuerte que su malla,

su cuchilla arrojó por la muralla

y á un hijo dió la muerte...

—Padre, noble y leal!—Miseró padre!

Si él en el hondo porvenir leyera,

la muerte á todos con sus manos diera,

y ahogando en pos á la inocente madre

su lanzon por un báculo trocára,

y en un claustro muriera,

y estinguida su raza, nunca hubiera

un Guzman, como vos, que le afrentara!

OLIVAR. Basta, basta!...—Partís?

QUEV. Sí... por no veros.

OLIVAR. (Con bárbara complacencia).

Al fin logro perderos!...

—Entrásteis... no saldreis... no, por mi vida.

QUEV. Yo por la entrada buscaré salida.

OLIVAR. No!—Y aunque halleis salida por la entrada,
despues os prenderán por asesino!...

QUEV. Libre la puerta...

OLIVAR. La hallareis cerrada!

QUEV. (Al partir)

Yo me abriré camino con mi espada.

OLIVAR. Despues...

QUEV. (Volviéndose desde la puerta).

¡El cielo me abrirá camino!

(Vase por la derecha).

ESCENA XI.

OLIVARES —Luego MENDAÑA.—CASTILLA.—GRANA.

OLIVAR. (Furioso y con desvario).

Qué placer!—Sin dilación

preso le traerán aquí...

—Yo quiero testigos, si.

que vean su humillacion.

(Llamándolos).

Mendaña, Grana! Si á fé.—

Os llamo, señores.. —Oh!

El ante ellos me burló,

yo ante ellos le humillaré!

—Ya se acercan.—Mi venganza

será solemne.

MEND. (Entrando por el fondo con Grana y Castilla).

Señor.

OLIVAR. Os hice venir...

MEND. Mejor.

OLIVAR. Para una... famosa chanza.

GRANA. Una chanza?

OLIVAR. Sí...—Hará un mes

que aqui con discretos modos

nos burló Quevedo á todos...

y yo por burlarle...

MEND. Pues!

OLIVAR. Voy... á prenderle.

MEND. Es razon

—Pendiente dejó un soneto...

si hoy no le dice, y completo,

diez minutos de prision.

Y esa conforme y segun.

OLIVAR. Oid!...

(Ruido dentro á la derecha).

CAPITAN. (Dentro).

La espada.

QUEV. (Idem).

Oh! Jamás!

CAPITAN. ¡Soldados matadle!

QUEV. (Entrando espada en mano acosado por el capitan y guardia).

Atrás!

MEND. (Sujetándole por detrás y riéndose).

faltan seis versos aun.

(Los soldados rodean á Quevedo: el capitan le arranca la espada y Olivares le contempla con aire de triunfo. Quevedo permanece impassible mirando á todos lados. Rapidez.)

ESCENA XII.

DICHOS.—MARGARITA, que aparece á las hojas de la cámara del Roy á tiempo de prender á Quevedo.

OLIVAR. (Viéndola y con alegría).

Ella!... hoy todo lo concilia para mi triunfo el destino!

MARG. (Que al ver á Quevedo entre los guardias ha hecho un movimiento de terror).

Al embajador que hoy vino de la córte de Sicilia quiere ver su Magestad.

OLIVAR. (Con estrañeza á Margarita).

Dónde está ese embajador?

QUEV. Aquí con guardia de honor!

OLIVAR. (Aterrado).

¡Cómo!

MARG. Es verdad. (Entra en la cámara).

(Los soldados dan en tierra con el cuento de sus alabardas, puestas antes en alto. Quevedo atraviesa por entre ellos, que le dejan paso, y el capitan le entrega la espada rodilla en tierra. Este movimiento y las muestras de asombro de Mendaña, Castilla y Grana han de ser instantáneos).

QUEV. (A Olivares con sorna envainando su espada).

Es verdad.

(Los cortesanos hablan entre si y con el capitan).

OLIVAR. (Con desesperacion).

(Miserio de mí!)

QUEV. (A Olivares aparte).

Del lance
salí con dicha completa.

OLIVAR. Sois!...

QUEV. (Interrumpiéndole).

Embajador-poeta,
con mi credencial romance.

(A todos).

Paso á la cámara real.

(Saludando).

Señores...—Pero es de ley
que hoy el ministro del Rey
me acompañe...

(Aparte á Olivares que se acerca para hacerlo así).

(Hasta el umbral!)

(Dirigiéndose los dos á la cámara del Rey).

MEND. (A los demas).

Qué Quevedo y qué Olivares!

(Hablan todos con calor).

OLIVAR. Ved lo que haceis.

QUEV. Teneis miedo?

OLIVAR. Eso imaginais, Quevedo?

QUEV. Mucho se encrespan los mares.

OLIVAR. Soy piloto.

QUEV. Conde-duque...

Dije mal... Señor piloto,

sopla furibundo el noto,

y hace agua ya vuestro buque.

OLIVAR. (Oh! me hace temblar!)

QUEV. Qué manos

tan frias .. Cosa más rara!...

Reid!... Poneis una cara!...

—Qué dirán los cortesanos?

Vedlos ya mústios y tristes...

Tal vez harán ya un misterio,

de que os mantengais tan sério,

mientras yo os abrumo á chistes.

—Reid, Reid!...

(A los demas).

—¡Oh, señores!,

Su Excelencia honra mi númen...

Dice que de este cacúmen
nunca oyó chistes mejores.

(Como lastimándose).

Y os habeis quedado á oscuras!...

Pues ved... de risa Olivares
aun se aprieta los hijares,

y va á echar las asaduras

Gracias le dije á montones...

—Si os la cuenta bien contadas,

(Riéndose).

ya vereis... qué carcajadas!

(Aparte á Olivares al entrar y en el tono que mejor le parezca al actor).

(Ya vereis... qué convulsiones!!!)

(Saluda y entra en la cámara del Rey).

MEND, Va que se le lleva el aire!

OLIVAR. (Con terror).

(Hombre infernal!... Tengo miedo!)

MEND. (Acercándose á Olivares con todos los demas y en tono jovial ó riendo).

Qué donaire el de Quevedo!...

OLIVAR. (Estremeciéndose).

Quevedo!...

(Haciendo un esfuerzo para reirse, pero con amargura).

—Sí... qué donaire!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Salon del palacio del Buen-Retiro. En el fondo una galeria de poca altura, á la cual conduce una ancha graderia con dos ramales á la derecha é izquierda. Sobre la meseta, á donde parten estas tres escaleras, se abre en el fondo una puerta de dos hojas que conduce á la antecámara y habitaciones del Rey, de modo que abierta las hojas, dejan ver un rompimiento de salones al nivel de la meseta. A la derecha en primer término, puerta que guia á la parte exterior del palacio; en segundo la de la cámara de la Reina; á la izquierda en primer término las habitaciones de Olivares: en segundo una puerta secreta.

ESCENA PRIMERA.

QUEVEDO.—MARGARITA.—OLIVARES. Al levantarse el telon aparecen Quevedo y Margarita subiendo á la meseta por los ramales de derecha é izquierda, con papeles en la mano. Al llegar ellos arriba, se abren las dos hojas y sale Olivares que los detiene al tiempo ya de entrar

OLIVAR. Cómo!... Adentro?.. Pues afuera.

—Ambos subis á la par...

Volved ambos á bajar...

—Son percances de escalera...

(Movimiento de Quevedo y Margarita).

Tres pasos hay espeditos,

(Señalando las tres bajadas).

con que...

(Comenzando á bajar por la de enmedio).

QUEV. (A Margarita con resignacion afectada).

Acatemos sus leyes...

(Bajando los tres, cada cual por su lado).

MARG. (A Olivares señalando el centro y como reprochándote).

Por allí bajan los reyes.

OLIVAR. Y tambien los favoritos.—
(Despues de mirarlos alternativamente).
A las puertas principales
prefiriendo estos cancelos,
ibais al Rey con papeles...
son, por dicha, memoriales?

QUEV. Si; y el que tengo en la mano
dice al Rey;—Señor, piedad
para España!... del tirano
sálvenos Su Magestad.»

OLIVAR. (A Margarita con frialdad).
Y el vuestro?

MARG. Con sangre escrito
dice al esposo:—«Señor,
en la virtud no hay delito!...
Castigad al impostor!»

OLIVAR. Y esperais?

(Señal afirmativa de Quevedo. Margarita aparece pensativa).

Mucho me alegro.

Lo pintais de azul.—Distintas
son de las vues tras mis tintas,
y os lo pintare de negro.

MARG. (Con inquietud).
(Qué designios?)...

OLIVAR. Desde ayer

os observo sin cesar;
y es difícil engañar
á la astucia y al poder.

QUEV. Contra el poder hay poderes...

OLIVAR. No los teme mi privanza.

MARG. Aun nos queda la esperanza...

OLIVAR. (Sonriéndose).

Prendida con alfileres.

—Ni la astucia ni el ardid

os salvan... Por vuestro mal,

el Rey parte al Escorial

y yo... me quedo en Madrid.

MARG. (Oh!)

OLIVAR. Tarde dais la batalla.

Cuando ayer al Rey hablásteis,
donde ese escrito dejásteis?

QUEV. Es buen cañon de metralla.

OLIVAR. Pero inútil ya.

MARG. (Gran Dios!)

OLIVAR. Hoy para mi solo abiertas,
ciérranse del Rey las puertas
para vos... y para vos...
—Como encontrásteis cerrada
ya la puerta principal,
para la cámara real
elegisteis la escusada... (Señalando al fondo).
Pues todas estas lo estan.
No entrareis, no.

MARG. (Dios eterno!)

QUEV. Aunque se oponga el infierno,
esas cartas entrarán.

OLIVAR. Mucho confiais...—La infanta
confia menos... Sin duda,
al ver la verdad desnuda,
vuestra situacion la espanta.
Reparad en su afieccion...
(Movimiento de Margarita).

Mirad... Ella es el espejo
donde se vé por reflejo,
vuestra pobre situacion.
Vedla... temblando quizás...

MARG. No!... La infanta Margarita,
noble, ante el crimen se irrita;
—pero no tiembla jamás.

QUEV. (Bien, muy bien!)

MARG. Valor, Quevedo!

QUEV. Nunca me asustan azares.

MARG. (Con dignidad y retirándose hácia la derecha).

Yo nunca tiemblo, Olivares.
(A Quevedo que la acompaña).

(Estoy temblando de miedo!

—Guardadme esta carta.. Ay Dios!)

QUEV. (Confiad en vos).

MARG.

(Oh! sí,
yo confío mucho en mi;
pero más confío en vos).
(Dáale el papel y entra en la cámara de la Reina).

ESCENA II.

OLIVARES.—QUEVEDO.

- QUEV. De la córte de Sicilia
soy á esta córte enviado...
- OLIVAR. (Interrumpiéndole).
A tratar cosas de Estado,
y no asuntos de familia.
- QUEV. Pues al Rey quiero hablar hoy;
con que introducidme al punto.
- OLIVAR. Yo, si es de Estado el asunto,
ministro de Estado soy.
(Quevedo dirige una mirada alrededor, Olivares se sonríe).
- QUEV. Quereis jugar un albur!...
- OLIVAR. Sí, somos quién para quien.
- QUEV. Nos conocemos muy bien.
- OLIVAR. Va de tatur á tatur.
—Así, pues, hablemos claros.
- QUEV. Es verdad; seamos sinceros
- OLIVAR. Yo hice voto de perderos.
- QUEV. Voto hice yo de arruinaros.
—Oh! siempre os quise infinito.
- OLIVAR. Hoy lo veo... Y lo ví antes
por cien sátiras picantes
que contra mí habeis escrito.
—Yo siempre os tuve aficion.
- QUEV. Sí, sí, me responden de eso
los años que estuve preso
en San Marcos de Leon.
(Con amargura).
Mucho frio, hambre no poca,
y con grillos en los piés,
solo me faltaba...

- OLIVAR. Pues;
una mordaza en la boca.
- QUEV. Vive Dios!
- OLIVAR. Si hoy, ú otro dia,
volvéis allá por fortuna,
mandaré poner os una...
y enmudecerá Talía.
- QUEV. Es que no pienso volver
á San Marcos de Leon;
—pienso, y yo sé la razon,
derrocar vuestro poder.
- OLIVAR. Ya... lo pensais...
- QUEV. Este escrito
prueba de un modo fatal
que el Rey perdió á Portugal
por culpa del favorito.
Y aunque, segun las razones
de este, España en aquel dia
por un cetro que perdia
ganaba muchos millones;
sabido de todos es
que el buen monarca lloró
cuando Braganza se alzó
con el cetro portugués.—
—Pues bien, tenedlo presente:
cuando el Rey lea este escrito...
- OLIVAR. Bien, se pierde el favorito;
lo confieso llanamente.
—Pero el Rey no lo leerá.
- QUEV. Lo adivináis?
- OLIVAR. Lo adivino.
- MARG. Ya buscaremos camino...
- OLIVAR. No os queda ninguno ya.
—El Rey saldrá por la puerta
principal... En este espacio,
para cruzar el palacio
no hallareis ninguna abierta.
—Los que entren hasta las salas
que por este lado están,

ya al otro lado no irán,
—á no ser que tengan alas,—
Saldrá el Rey... Y ni allá fuera
podreis hablarle al partir;
pues no os dejarán salir
ni á los zaguanes siquiera.

QUEV. Es decir...

OLIVAR. Que en mi opinion,
no derrocaís mi poder;
y que al fin vais á volver
á San Marcos de Leon.

QUEV. No.—Mi esperanza...

OLIVAR. Está ya
como dije antes...

QUEV. Perdida?

OLIVAR. Con alfileres prendida:
(Saluda y váse por el fondo).
ja, ja...

ESCENA III.

QUEVEDO.—Luego GRANA.—MENDAÑA.—CASTILLA.

QUEV. (Despues de un momento de reflexion).
(Carcajada natural).

Ja, ja, ja, ja, ja!

(Discurriendo).

Con alfileres... A ver...

—Sí, Conde-duque... Sin duda...

Vuestra ocurrencia... es aguda...
como... punta de alfiler!

GRANA. (Por la derecha).

—Don Francisco de Quevedo...

QUEV. (Saludando).

Señor Marqués de la Grana.

GRANA. Cómo! Os vais?

QUEV. De mala gana,
si os quedais vos.

GRANA. Sí, me quedo,

QUEV. Y haceis bien.—Yo, aunque me voy,
volveré aquí... Lo deseo,
porque mucho, según creo,
nos divertiremos hoy.

MEND. (Entrando con Castilla).
Hoy en palacio es gran día.

QUEV. Juntos os dejo á los tres.
—Contad, Mendaña, al marqués
eso de Fuenterrabía.—

Con que, hasta luego, señores...

MEND. Qué llevais en el magin?

QUEV. Nada.

MEND. Nequaquam.—En fin,
qué trazais?

QUEV. Varias labores...

Sí labores de mujeres...

MEND. Mejor!... Siempre estais de chanza.

QUEV. Quiero prender la esperanza,
y ando... en busca de alfileres.
(Vase por la derecha).

ESCENA IV.

DICHOS, menos QUEVEDO.

MEND. Siempre zumbon y chancero.

CAST. Siempre venático y loco.

Vive Dios que hemos de verle...

MEND. Dónde?

CAST. En Toledo, y muy pronto.

Sí; pardiez, esa cabeza
tiene ya seco el meollo.

GRANA. Sí, don Francisco...

CAST. Por menos
están enjaulados otros.

GRANA. Y ahora recuerdo: me dijo
que hoy aquí debemos todos
ver...

MEND. Una gran ceremonia:
sí, la de la copa de oro.

GRANA. Qué copa es esa?

MEND. Ignorais?

Yo os enteraré de todo.

Es una gran ceremonia:

que ha de llenaros de asombro.

—El Consejo de Castilla

en el año treinta y ocho

consultó.—Mejor que nadie

sé lo que hubo en el negocio.

—Es el caso que Olivares.

mandado socorro pronto,

nos salvó á Fuenterrabía;

que á no ser por él... Demonio!

Pues bien; en premio debido

á su proceder heroico...

CAST. (Que se ha vuelto á otro lado desde la narracion de Mendafia).

Pues qué socorrióla él mismo!

MEND. No; pero envió el socorro.

—Y en recompensa y por juro

de heredad, alcaide propio

y perpétuo le nombraron

de la ciudad... Pero, cómo?...

Con item de que el Rey,

de su amor en testimonio,

siempre al ministro, en tal dia

por recuerdo tan glorioso

le ha de enviar un presente

digno de su real decoro,

para honrar de tal jornada

los aniversarios todós.

—Y hoy, lo mismo que otros años,

como es público y notorio,

el Rey envia á Olivares

una sin par copa de oro...

y ademas en un billete,

—billete de puño propio!—

colocado en tres dobles

de la gran copa en el fondo...

CAST. (Con impaciencia).

Pues, el Rey Felipe Cuarto
con esquisitos piropos,
da las gracias á Olivares
de los que sudaron otros.

MEND. Mejor es callar.—El caso
es que el Rey de puño propio,
escribiendo al de Olivares,
le dice con mil encomios:
«Que al aceptar en tal dia
de un Rey la copa de oro,
brinde con ella tres veces
por la pátria y por el trono.»

CAST. Por el trono y por la pátria!...
Él los ha hundido en el polvo...
Vive Dios!...

MEND El Rey, Castilla,
sabr  mejor que nosotros...

GRANA. Con que hoy es la ceremonia?...

MEND. Ciertamente.—Si es famoso
este gran aniversario!

GRANA. Yo, como extranjero, ignoro...

MEND. Pues ya vereis... A las cinco
por all ...
(Señalando al fondo).

Si es un asombro!...

Oh! qué pompa, qué aparato!...

Ni la procesion del Corpus!...

ESCENA V.

DICHOS.—OLIVARES por el fondo y cerrando las hojas tr s de si.

OLIVAR. Señores, pl ceme veros
hoy en palacio tan pronto.

MEND. Como es la gran ceremonia. .

OLIVAR. Sois muy puntuales.

MEND. El gozo...

OLIVAR. Desde aquí á las cinco hay tiempo.
—Hoy me ocupan mil negocios...
—Ah!... Su Magestad hoy mismo
parte al Escorial.

GRANA. Supongo
que ireis con él.

OLIVAR. No, por cierto.

MEND. Ya... con que el Rey parte solo?...

OLIVAR. Yo con vosotros me quedo.

MEND. Pues mejor para nosotros!

OLIVAR. Pero el Rey á su partida
sábio dispondrá que, como
siempre, al sonar hoy las cinco,
se me dé la copa de oro.

MEND. Mejor, mejor.

OLIVAR. Su partida
no puede ser un estorbo:
—si, vereis la copa este año
como la visteis los otros.

MEND. Mejor que mejor.

GRANA. Y cuándo
parte el Rey?

OLIVAR. Dentro de pocos
momentos.—Si su salida
quereis presenciar vosotros,
á las puertas de palacio
acudid, y acudid pronto.

MEND. Es verdad.

OLIVAR. Para su marcha
ya está prevenido todo:
con que...

GRANA. Vamos, pues.

MEND. Al punto.

OLIVAR. (Abriendo la puerta secreta con una llave pequeña).
Venid, por aquí es mas corto.

MEND. Vos mismo!... Gracias... Sois el
hombre mejor que conozco.

(Pasan los tres).

ESCENA VI.

OLIVARES.—MARGARITA.—LA REINA.—Esta conducida por aquella de la mano, sale de su cámara al tiempo que Olivares está cerrando la puerta secreta.

MARG. (Pero eres la Reina!)...

(A Olivares con acento imperioso).

—Oid,

que os habla Su Magestad.

(Olivares se vuelve inmediatamente y hace una reverencia irónica).

(Aparte á la Reina).

Valor!

REINA. (Yo tiemblo)...—Es verdad que hoy... parte el Rey... de Madrid?

OLIVAR. Verdad, señora.

REINA. Pues... yo...

quisiera verle un momento...

Con que así...

OLIVAR. Mucho lo siento; es imposible.

REINA. Ay!

MARG. No, no!

REINA. Concededme esa demanda.

OLIVAR. El Rey á todos la niega.

REINA. Sí, sí... la Reina os lo ruega...

MARG. No, no!... la Reina os lo manda!

OLIVAR. (Sonriéndose).

La obediencia.

MARG. En vos es ley.

OLIVAR. (Dirigiéndose al fondo).

Si el Rey lo manda, señora, entrareis luego...

MARG. No; ahora!

OLIVAR. (Con acento seguro).

Luego que lo mande el Rey:

(Sube y entra).

ESCENA VII.

MARGARITA.—LA REINA.—Despues QUEVEDO.

REINA. Lo ves?... Tan inútil paso...

MARG. Veo, con grande aficcion.
que no tienes corazon
de Reina!...

REINA. Y lo soy acaso!

MARG. No sabes serlo.—Has pedido,
y él con razon ha negado...
Mas si hubieras tú mandado,
él hubiera obedecido.

REINA. Ese hombre me infunde miedo.

MARG. Qué pálida estás!

REINA. Ay Dios!

MARG. (Mirando á la derecha).
Alguien se acerca.—Sois vos?
Ah, venid, venid, Quevedo.

QUEV. (Entrando).
Vuesa Magestad...

MARG. Un modo
discurrid vos...

QUEV. Ni una puerta
hay por este lado abierta.

MARG. Todo se ha perdido, todo!

QUEV. El Rey partirá al momento,
si es que no ha partido ya...
y Olivares, dónde está?

MARG. Vedle.
(Señalando al fondo por donde aparece Olivares).

ESCENA VIII.

DICHOS.—OLIVARES.

OLIVAR. (A la Reina bajando).
Señora, lo siento.

- MARG. Qué traéis?
- OLIVAR. La despedida
del Rey traigo, y no os asombre:
dice el Rey que yo en su nombre
de la Reina me despida.
- MARG. Sois...
- OLIVAR. Un súbdito obediente,
que del Rey cumple el mandato.
- REINA. Mas el Rey...
- OLIVAR. Dentro de un rato
partirá.
- QUEV. (Perfectamente...
no ha partido el Rey aun)...
- REINA. Me retiro.
- OLIVAR. Guárdeos Dios.
- MARG. (A la Reina que con ella se dirige á la cámara)
Lloras?
- REINA. (Con angustia).
Ay!
(Entra).
- OLIVAR. (A Quevedo).
Pobre de vos!
- QUEV. Eso... conforme y segun,
como se suele decir.
- OLIVAR. El Rey parte.
- QUEV. Bien, que parta.
—Pienso... escribirle una carta.
- OLIVAR. Si os la dejan escribir.
- QUEV. Pienso.. que la tengo escrita.
- OLIVAR. Quién va á llevarla además?
- QUEV. Quién? El demonio quizás.
- OLIVAR. Bien.—La Infanta Margarita.
(Dirigiendo una mirada á Margarita que despues de acompañar á
la Reina hasta el umbral, se ha quedado inmóvil á la espalda co-
mo dominada por su situacion).
que ya el desengaño toca,
ved... no acude como vos
al demonio... Acude á Dios,
ya con el Credo en la boca.

- MARG. (Con indignacion).
(Me insulta!)
- OLIVAR. Rezais?
- MARG. No rezo...
no... Pues al ver que en su abismo
Dios no os confunde... ahora mismo
á dudar de Dios empiezo!...
—No, no, Dios mio, perdon!
- OLIVAR. Delirais... y no lo estraño,
victima de un desengaño...
- MARG. Os lo dice el corazon?
—Víctima será la infanta
Margarita de Saboya;
pero en su valor se apoya
como una víctima santa.
- OLIVAR. Víctima.
- MARG. Firme y enhiesta...
capaz. porque á Dios le plugo,
de humillar á su verdugo
con una risa...
(Risa violenta).
- Oh! como esta.
- OLIVAR. Vive Dios!...—El soberano
va á partir y yo me quedo;
ay de vos y de Quevedo!...
- QUEV. Puede que el Rey parta en vano.
- OLIVAR. Aun esperais que el demonio
lleve al Rey aquel escrito?
- QUEV. Sí.
- OLIVAR. Pues me alegro infinito.
Dadme despues testimonio.
- QUEV. Puede que lo tengá ya.
- OLIVAR. Pues aunque el demonio encuentre,
temo que el papel no entre.
- QUEV. Lo ofrecí yo, y entrará.
- OLIVAR. Lo ofrecisteis?
- QUEV. Lo ofrecí.
- OLIVAR. Cumplido.
- QUEV. Lo cumpliré.

OLIVAR. No á fé, Quevedo.

QUEV. Si á fé.

OLIVAR. No por Dios.

QUEV. Por Dios que sí!

OLIVAR. La esperanza es en los seres...

QUEV. Todo.—Y cual decís en chanza,
yo... por tener esperanza,
la'prendí con alfileres.

OLIVAR. Pues la esperanza guardad,
y el papel tambien...
(Sonriéndose).

Los dos...

(Hace movimiento para retirarse).

MARG. (Ap. á Quevedo con ansiedad).

(Quién lleva el papel?)...

OLIVAR. Y adios.

(Olivares se retira haciendo una cortesía irónica).

MARG. (Con afán á Quevedo).

Quién?

QUEV. El demonio... mirad!

(Señalando á Olivares, que al volverse y subir la gradería, enseña el papel que Quevedo le ha prendido á la espalda).

ESCENA IX.

QUEVEDO.—MARGARITA.

MARG. Gran Dios!...

QUEV. A muerte ó á vida.

Ya no quedaba otro medio.

MARG. Nuestra suerte...

QUEV. Sin remedio.

ya está ganada ó perdida.

MARG. Si viese el papel...

QUEV. Propicios

serán los cielos...

MARG. Mas él...

QUEV. Lleva á la espalda el papel
como el saço de sus vicios.

- Desechad, señora, el miedo.
- MARG. Ay!... Esto á nadie lo digo,
sino á vos... que sois mi amigo.—
Yo estoy temblando, Quevedo!
(Pausa).
Y vos no temblais?
(Asiéndole de una mano como para cerciorarse).
- QUEV. (Agitado).
Señora...
- MARG. (Con asombro).
Serenol
(Pausa).
Ahora no!...
- QUEV. (Ay de mí!)
- MARG. Temblais, como yo!...
- QUEV. Sí, sí...
comienzo á temblar ahora!...
- MARG. Tambien! .
- QUEV. Tambien, ya lo veis...
Tiemblo...—Mas no de terror...
de...
- MARG. (Alejándose).
No lo digais!...
- QUEV. (De amor).
- MARG. No me habéis... ni me mireis!!
- QUEV. Tiene razon.
(Quevedo queda á la izquierda; Margarita se ha apartado bastante hácia la derecha).
- MARG. Estoy loca!...
(Qué hice yo?...—Su mano ardía...
Tal vez la abrasó la mia!):...
- QUEV. (Al fin me estrellé en la roca).
- MARG. (No le quiero hablar... ni aun ver...
Pediré fuerzas al cielo)...
(Queda como si orase).
- QUEV. (Corazon, si eras de hielo,
cómo es que hoy te siento arde
Y este afan, esta zozobra...
Ay! el corazon me sobra,

y me falta la cabeza.

(Margarita desde este verso sigue afanosa todos los movimientos de Quevedo).

Amor... Tú dices que si...

Tu has dicho siempre no...

Cierto, yo tengo otro yo,
que combate contra mí!

—El corazon y la mente...

—El sentimiento y la idea...

El espíritu que crea,
y el espíritu que siente!...

Si entrambos contrarios son,
quién?...—Segun lo que aquí siento,

mal sujeta el pensamiento

las alas del corazon!)

(Volviéndose de improviso á Margarita).

Vos... (La tendiera mis brazos).

MARG. Vos...

(Entrambos se miran fijamente sin dar un paso).

OLIVAR. (Aparece en el fondo).

Mientras yo, como es ley.

voy á despedir al Rey...

Id uniendo esos pedazos!

(Arroja al pasar varios pedazos de papel y desaparece por la puerta secreta. Margarita dá un grito de terror).

MARG. (Aproximándose á Quevedo).

Todo perdido!... Mirad...

QUEV. (Desviándose).

Si; por mi culpa... Y ahora,
no me aborreceis, señora?

MARG. Callad, Quevedo, callad!

QUEV. Yo que soñé en mi delirio
la palma del triunfo daros...

y al fin logro coronaros

con la palma del martirio!

MARG. Comun nos será esa palma.

QUEV. Yo soy quien os pierde á vos...

Yo, si.—Confúndame Dios!

MARG. Me estais desgarrando el alma!

QUEV. Maldecid y de ese modo...

MARG. Nunca!

QUEV. Mi tormento veis...
pero no; no comprendéis...

MARG. Todo!. , lo comprendo todo!...

QUEV. Ved mi dolor!

MARG. Ved mi llanto!

(Ya fuera un crimen callar).

QUEV. Causa teneis para odiar
al hombre que os ama tanto!

MARG. Odiaros!... Teneis razón...
y para saberlo bien,
preguntadlo...

QUEV. A quién, á quién?

MARG. A mi pobre corazon!

QUEV. Yo...

MARG. Yo tambien, ay de mi!...

yo que no tengo suspiros,

yo...—No sé cómo deciros...

cómo espresaros...—Oh!... así!...

(Tendiendo con ternura una mano á Quevedo que se la besa apasionadamente).

No!... no habéis... no; por piedad!...

Ya perdidos, un deber
santo nos resta... poner
en salvo á Su Magestad.

—Id; que esa prueba sangrienta
guarde ella misma...

QUEV. (Encaminándose a la derecha).

Sí, sí...

Pero ella viene hácia aquí.

ESCENA X.

QUEVEDO.—MARGARITA.—LA REINA que sale de su cámara
—Despues OLIVARES.—MENDAÑA.—CASTILLA.—GRANA
NA por la puerta secreta,

REINA. Ya partió el Rey.

MARG. La tormenta.

sobre nosotros avanza!..

Perdidos Quevedo y yo...

REINA. Todo se ha perdido...

MARG. No!

Todo... menos tu esperanza!

QUEV. Y pues solo en vuestra mano

estará sin riesgo ahora,

vos... Guardadla vos, señora...

(Dándole la carta del Conde).

REINA. Sangre! No... vos...

QUEV. Y el tirano?

Ved que estoy bajo su ley.

REINA. (A Margarita).

Guárdala tú.

MARG. Cómo, en dónde!

QUEV. (Arrodillándose).

Tomad la carta del Conde!

(Apareciendo por la puerta secreta con Mendaña, Castilla y Grana).

Esta primero... es del Rey!

(La Reina, que iba ya á tomar la carta de Quevedo, toma la que le ofrece Olivares. Quevedo se levanta y guarda la suya con despecho).

Al entrar en su carroza

«para la Reina» me dijo.

(Después de leer un momento).

No estuvo el Rey muy prolijo.

(Cuánto en mi dolor se goza!)

Ordenes son que en su ausencia

el Rey me encomienda á mí.

OLIVAR. Señora, todos aquí

os debemos obediencia.

Con la puerta principal

hice abrir hará un momento

la que une vuestro aposento

á la cámara real.

REINA. Cuanto al dejar su morada

mandó el Rey...

OLIVAR. En cierto modo,

fué para la Reina todo.

- REINA. (Y para la esposa nada!)
- OLIVAR. Hoy, humildes servidores,
al Rey miramos en vos.
- REINA. (Despidiéndose).
Basta, Olivares.—Adios.
- OLIVAR. Saludo... á mi rey.—Señores,
id... Muy contentos y ufanos
hoy con un rey de ese porte,
pienso que le hareis la corte
como buenos cortesanos.
(La Reina entra en su cámara acompañada de Margarita y seguida
de Mendaña, Castilla y Grana).

ESCENA XI.

QUEVEDO.—OLIVARES.

- OLIVAR. Vos, no vais...
- QUEV. Porque me quedo.
- OLIVAR. (Señalando los pedazos de papel).
Ved... trocitos de esperanza...
No los unisteis, Quevedo?
(Quevedo se sienta en un sillón).
Cómo... os sentais? Yo no puedo
permitir...
- QUEV. Parece chanza,
y asi estoy mas descansado.
- OLIVAR. Venzo al fin, y estais perdido.
- QUEV. Pues me perderé sentado.
Mas, si venzo, estoy ganado...
- OLIVAR. (Interrumpiéndole).
Cómo os ganareis?...
- QUEV. Tendido.
- OLIVAR. Al respeto me faltais!
- QUEV. Nada temo si perdeis;
nada espero si ganais;
y en mí, ganeis ó perdais,
ya no quitais ni poneis

- OLIVAR. Parece que estais de humor.
- QUEV. Mucho!
- OLIVAR. Os le quiero seguir.
- QUEV. Bravo!... Mejor que mejor, como en placer y en dolor suele Mendaña decir,
- OLIVAR. La esperanza que os rasgué y ahí en trocitos está...
La de la espalda...
- QUEV. Ya sé...
- OLIVAR. Cayó en mis manos á fé que el cómo gracia os hará.
—El buen Rey se paseaba, y yo en su mesa escribia; pero él, que á mi espalda estaba, muy curioso me miraba...
Y al fin con sorpresa mia:
—Quién á mi buen favorito pone maza sin respeto?
dijo, y me dió el papelito.
- QUEV. Cómo!... El Rey ós dió el escrito?
- OLIVAR. (Riéndose).
Sí.
- QUEV. (Levantándose).
Pues... anduvo discreto.
- OLIVAR. Suponeis?...
- QUEV. Que lo leyó.
- OLIVAR. Eso al punto me temí... mas conmigo se riyó de la gracia y... ví que no.
- QUEV. Pues luego vereis que sí.
- OLIVAR. No.—Al partir, muy lisonjero me habló el Rey... Besé su mano.
- QUEV. Pues así lame el cordero la mano del carnicero...
- OLIVAR. Delirais.—El soberano con su real mano después puso una carta en las mias para la Reina...

- QUEV. Eso es...
Y no os ha ocurrido, pues,
que era la carta de Urías?
- OLIVAR. Eso pensais?
- QUEV. Sí, por Dios!
Todo el Rey lo sabe ya;
ya no sois uno los dos!
Ya el Rey os execra á vos!
Y en su carta...
- OLIVAR. Claro está:
prevendrá el Rey (Dios le guarde)
á la Reina con decoro,
que ella mismá en régio alarde
á las cinco de esta tarde
me ofrezca la copa de oro.
- QUEV. No.
- OLIVAR. Las cinco van á dar.
—El Rey á la Reina ha escrito,
y hoy la Reina á su pesar
debe al favorito honrar...
- QUEV. O perder al favorito.
—Ya no hay copa de oro... no.
(Da la primera campanada de las cinco).
- OLIVAR. Escuchad llegó el momento.
- QUEV. (Me asesina ese reló).
(Pausa).
Cinco... campanadas...
- OLIVAR. (Mirando á la puerta del fondo con terror).
Oh!
- QUEV. (Despues de un momento).
No hay copa!
- OLIVAR. (Estoy sin aliento!)
- QUEV. Dió la postrer campanada...
mas no se abre aquella puerta...
(Sonrisa de Quevedo y espanto de Olivares).
no... no se abre... nada... nada!...
Mirad... cerrada... cerrada...
La puerta se abre).
(Con rabia).

Oh!

OLIVAR. (Con sonrisa de triunfo).

Mirad... abierta. ? abierta.

ESCENA XII.

DICHOS.—Al abrirse las puertas del fondo, aparece MENDAÑA trayendo en una bandeja una copa de oro con un billete cerrado en el fondo. Al lado de MENDAÑA salen GRANA y CASTILLA. Durante los versos que siguen, el primero baja la gradería del centro, séguido de un ugier; y los otros dos, por los ramales de derecha é izquierda, abriendo la marcha á dos filas de caballeros, pajes damas y meninas, que se colocan luego en semi-circulo, dejando en el centro a MENDAÑA con el ugier á la espalda. Al bajar la comitiva, la REINA aparece en la galería entre MARGARITA y DOÑA INÉS.

QUEV. (Siempre la loca fortuna
mala fué para los buenos!...
El cielo...—Allí está la luna;
y esa no da luz ninguna
cuando la noche es de truenos!)

OLIVAR. Mato al fin vuestra esperanza.
—En San Marcos de Leon
será horrible mi venganza!...

QUEV. Teneis...

OLIVAR. Poder y privanza...
Mirad!...

UGIER. Silencio! atencion!

REINA. Conde-duque, sentaos y cubrios.
(Hácelo asi).
(Me querrá ver el Rey más humillada!)
Gozais de tan cumplida preeminencia
desde que el Rey os concedió esta gracia.

(La Reina debe decir esto lentamente y como haciendo un esfuerzo para ello).

Hoy, al partir el Rey á San Lorenzo,
para la reina os entregó una carta:
me la dísteis: en ella me previene
el Rey, bajo su firma soberana,

que en honor... vuestro, y en servicio suyo,
Yo, que la Reina soy de las Españas,
solemnice tambien la ceremonia
que él dejó á su partida preparada.
Y así con mi presencia enalteciedo
una régia merced, que es ya tan alta,
Yo,—la Reina—á ofreceros he venido,
porque el Rey, mi señor, así lo manda,
ese presente real que sobre el trono,
bajo el rico dosel, en la real cámara,
dejó para este fin el soberano
que os acuerda merced tan señalada.
Como todos los años, en la copa
un pliego para vos puso el monarca...
Recibid esa copa y ese pliego.
y... Dios... os dé...

(Pausa).

(Olivares mira á la Reina, que se echa llorando en brazos de Margarita.

MARG. (Concluyendo la frase de la Reina y con solemnidad).

Lo que de Dios os falta!

OLIVAR. Como súbdito fiel cumplir me toca
la voluntad del Rey, siempre sagrada.
Hoy me prescribe que su copa acepte:
yo la acepto á mi vez.—Debo aceptarla.

(Toma la copa que Mendaña le presenta con una rodilla en tierra. El Ujier toma bien la bandeja y se retira seguido de la servidumbre, subiendo las escaleras laterales y entrando por detrás de la Reina. Entretanto, Mendaña y los demas van pasando delante de Olivares para hacerle un saludo de parabien: Quevedo pasa el último, y al llegar á su lado, se vuelve á la meseta y saluda á la Reina: todo esto durante el tiempo que se tardan en decir los versos que siguen).

MARG. (Ap. á la Reina).

(Lloras!... Reina, valor!... Ojos enjutos
y la frente, real, desprecio y arrogancia!)

REINA. (Angustia, humillacion).

MARG. (Orgullo, Reina,
que el orgullo engrandece la desgracia!)

OLIVAR. Como siempre, en la copa viene un pliego,

todo de puño real, con régias armas,
en que recuerda los servicios mios
—bien escasos á fé—nuestro Monarca.
En este pliego, como siempre, ahora
el gran Felipe Cuarto, honor de España,
frases de amor sincero me dirige
que yo—sábelo el Rey,—grabo en el alma.
—Segun uso y costumbre, un caballero
el más ilustre y distinguido que haya
presente á la sazón, debe á su turno
abrir el pliego, y en voz bien alta
delante de la córte repétirme
su contesto palabra por palabra...
—Si Quevedo se digna.,

QUEV.

(Con rabia).

Yo!...

(Reprimiéndose).

Me digno.

(Aparte á Olivares).

(Por respeto á esa Reina desgraciada).

OLIVAR.

Pues tomad el papel.

(Aparte á Quevedo).

(Bravo soneto).

QUEV.

(Idem).

(Sonetos hay pardiez)...

OLIVAR.

Sin consonancia.

Tales los hay á veces—y ese es uno—
que al lector más robusto le atragantan).

—Señores, atención.—Leed, Quevedo,
en voz sonora y halagüeña y clara...

QUEV.

Sonora y halagüeña, y clara y como
el órgano y el céfiro y el agua.

(Mirando el pliego).

MARG.

(Su amor consagra el Rey á su enemigo).

REINA.

(Y á su esposa infeliz, qué la consagra?)

MARG.

(No llores por piedad!)

QUEV.

(Cariño imbécil
el de ese imbécil Rey).—Dice la carta.

(Leyendo).

«A nuestro muy querido...

(Deteniéndose).

El Conde-duque.»

OLIVAR. Proseguid, proseguid.

QUEV. (Leyendo). «Salud.»—

(Aparte). (Tercianas!)

(Olivares se inclina).

OLIVAR. Sobrescrito feliz... Romped el nema,
pues lo mas principal es lo que falta.

Las lisonjas del Rey; esos elogios
que al nivel de su trono me levantan...

—Hoy el Rey, mi señor, me hace dichoso!

QUEV. (Desgarrando á la Reina las entrañas).

(Rompe el sello con cólera).

OLIVAR. Repetidme esas frases cariñosas.

REINA. (El corazon del pecho se me arranca).

OLIVAR. Señores, atencion.—Leed, Quevedo,
en voz sonora y halagüena y clara...

QUEV. (Aparte á Olivares).

(Conde-duque!)

OLIVAR. Leed.—(Mirad mis ojos
radiantes de rencor y de venganza).

QUEV. (Os desprecio).

(A todos).

Escuchad.—(No! no hay justicia!)

MARG. (A la Reina que manifiesta terrible angustia).

(Valor! valor!)

REINA (Mi espíritu desmaya).

(Se echa en brazos de Margarita).

OLIVAR. Ya vereis cuánto honor!...—Al punto...

QUEV. (Preparándose á leer).

Al punto...

REINA. (Ciegan mis ojos)...

QUEV. (A todos). Escuchad. (Oh, rabia!)

(Leyendo).

«Mi buen Olivares: no es menester encarecerte
mi gran cariño, que es superior, y tú lo sabes, á
todo encarecimiento. Aunque públicas son en es-
tos reinos las pruebas del amor con que te distin

go, hoy he de darte una mayor que todas y dártela quiero como amigo, que no como Monarca.—Muy luego daré á Madrid la vuelta; y como cumple á mis designios que tú conozcas antes esa prueba de mi buena amistad, no debo diferirla.—Es un aviso cariñoso de mi corazón; ten en cuenta el aviso, porque te importa mucho.—Olivares!... si estuvieses en mi alcázar á mi regreso, el amigo te dará su brazos... El Rey... su verdugo.»

(Movimiento general de asombro).

OLIVAR. (Soltando la copa y con un grito de angustia).

Ah!

REINA. (Con emoción y júbilo).

Gran Dios!

MARG. (Conteniendo á la Reina y como si quisiera escuchar aun el eco de las últimas palabras de la carta).

Silencio!

QUEV. (Poniendo á Olivares el papel delante de los ojos pero con dignidad).

Ved.

OLIVAR. (Dejándose caer en un sillón con desaliento).

Misero de mí!

(Quevedo se dirige hácia la Reina, Mendaña y Grana, separándose de Olivares, le salen al encuentro; Castilla permanece cruzado de brazos cerca de Olivares).

MEND. (A Quevedo).

Qué asombro!

QUEV. Y así le dejais!... Volved!...

Si os dió arrimo una pared
y se hunde... arrimadla un hombro.

(Movimiento en los dos).

Sombra y nido á vuestro gusto

os dió un árbol... cayó allí!

Mas, si al dejarle con susto,

buscáis otro más robusto...

no le encontrareis en mí!

Nunca; no.—Sobre cascajos,

tronco soy de duras quiebras

que, creciendo entre espantajos,

- ni ofrece nido á los grajos.
ni dá sombra á las culebras.—
Ya en la cortesana grey
no hay reyezuelos... Hay dos
Reyes... La Reina y el Rey!
(Volviéndose á la Reina).
Señora, cambió la ley..
- REINA. Quevedo, que os oiga Dios!
- QUEV. Hoy que Dios en su bondad
la luz del bien nos envía
trás de tanta oscuridad,
para vuesa Magestad
grande, señora, es el día!
Hoy ante el sόlio espańol
se dilata el horizonte,
y entre nubes de arrebol
más claro amanece el sol
porque se derrumba el monte.
(A todos).
El Rey... la Reina despues.
- CAST. Si hoy, por fin de sus pesares,
ya la Reina Reina es,
sirva de alfombra á sus piés
el sombrero de Olivares.
(Se lo arranca de la cabeza y lo arroja á los piés de la Reina que
baja las gradas con Margarita y Dońa Inés).
- UN PAGE. (Entrando).
Para la Reina este pliego
del Rey, que en Atocha está.
(Quevedo lo presenta á la Reina).
- REINA. (A Quevedo).
Yo en vuestras manos lo entrego.
(Quevedo lo abre y lee).
- MARG. (Acercándose á Olivares despues de tomar el sombrero del suelo).
Conde-duque á vos me lleo,
pero sin rencores ya.—
Contrarios fuimos los dos,
pero aquí cesa mi encono.—
Matarme quisisteis vos...

—Pues bien, que os perdone Dios
lo mismo que yo os perdono!
Y pensad en vuestra cuita,
que si, audaz un caballero,
hoy... hasta el sombrero os quita...
hoy!... la infanta Margarita.
hoy!... os devuelve el sombrero.
(Dá el sombrero á Olivares que lo toma confuso).

REINA. (A Quevedo que acaba de leer el pliego).
Ordenes del Rey serán?

QUEV. Que se cumplan sin demora
quiere el Rey!

REINA. Se cumplirán:
(Quevedo la ofrece el brazo).
bien en vuestra mano están.
Vos...

QUEV. Obedezco, señora.
(A Olivares).
Y vos no os hagais rehacio;
Por órden del Rey, salid
—sin mas término ni espacio—
ahora mismo de palacio;
y mañana de Madrid.
(Olivares se dirige á la puerta como maquinalmente).

MEND. (A Quevedo).
Bien: mejor!

QUEV. Vos, á su lado.—
Como un perro y mas puntual
seguísteis siempre al privado...
Pues seguid al desterrado,
y sereis perro leal!

MEND. Para mí tanta dureza!

QUEV. Comprended, si no sois perro,
que uno acaba y otro empieza:
os dió sombra en su grandeza...
dadle sombra en su destierro.

MEND. Pero... hacerme desterrar!...

QUEV. Eso, segun vuestro humor,
es mejor...

- MEND. (Con asombro). Mejor.
- QUEV. Mejor!
- que os hiciesen ahorcar!
- MEND. Mejor, mejor por mi vida!
- OLIVAR. (Con desvario).
Todo convertido en nada!
- MEND. (Dando el brazo á Olivares),
Conde-duque de partida.
- OLIVAR. (Preocupado).
Dónde!
- MEND. A buscar la salida,
porque se cerró la entrada.
(Los dos se dirigen á la puerta de la derecha).
Si el verdugo ha de apretaros...
- OLIVAR. (Con profunda angustia).
Ay Mendaña!
- MEND. Ea, valor!
- OLIVAR. Desterrarme!
- MEND. Desterrarnos!
- OLIVAR. Nos destierra!
- MEND. Pudo ahorcarnos!
Con que... mejor que mejor.
(Vánse).
- QUEV. El Rey anuncia además
que no ha de haber favoritos
ya en su palacio jamás. .
(Rumor lejano).
—Pero ese rumor... Quizás
llega ya el rey.
- REINA. Esos gritos...
- QUEV. De gozo, señora, son:
el pueblo con sus clamores
celebra su redencion!...
- GRANA. (A la Reina).
Pues que el Rey llega...
- REINA. Es razon:
id á su encuentro, señores.
- QUEV. (A Castilla).
Decid á Mendaña vos,

que si el destierro le es duro,
vuelva á entrar del Rey en pos.
(Vánse Castilla y Grana por la derechá).

MARG. Dejará solo, gran Dios!
á Olivares?

QUEV. De seguro.

MARG. Qué barbarie!

QUEV. (Con amarga ironía).

No, es piedad...

El dolor, por el contrario,
diz que ama la soledad...

(Con sarcasmo sangriento).

Por eso la humanidad
deja al dolor solitario.

ESCENA XIII.

QUEVEDO.—MARGARITA.—REINA.

QUEV. (A Margarita sacando la carta del Conde).

Vos, señora...

MARG. (Tomándola).

Dadme luego.

QUEV. Al paso en cualquiera parte.

MARG. Sepa el Rey que estuvo ciego...

(Dirigese á las gradas rápidamente).

REINA. Dónde vas?

MARG. (Agitando el papel desde la meseta).

Voy á salvarte.

(Entra).

QUEV. Esa carta salvadora
de vuestra virtud responde;
la escribió con sangre el Conde,
y el Rey va á leerla ahora.

REINA. Será inútil... Tantos dias
de olvido y separacion!...

Ya del Rey el corazon
entre torpes mancebías...

QUEV. Ya su ángel malo en el cieno

- no podrá hundirle del vicio.
- REINA. Le dejó en el precipicio!
- QUEV. Que le salve su ángel bueno!
sedlo vos.
- REINA. Y su desden?
Del bien le alejaron ya!...
- QUEV. Vuestra mano bastará
para conducirle al bien.
—Ya no hay quien siembre zizaña;
amadle y que os ame á vos;
y haced, unidos los dos,
la felicidad de España!
- REINA. Fuera en ello tan dichosa...
- MARG. (Apareciendo en el fondo).
El Rey...
- REINA. Quiere ver quizás
á la Reina?
- MARG. Mucho más.
Quiere abrazar á la esposa.
(La Reina y Quevedo suben las gradas).
- REINA. (Azorada).
El Rey...
- MARG. (Señalando al fondo por entre las hojas entreabiertas).
Mírale... hácia aqui
con toda su córte avanza...
- REINA. El temor y la esperanza...
(Siéntense en el fondo pasos y ruidos que se aproximan).
- MARG. Ven á su encuentro!...
- QUEV. Si, sí!
Y á la clara luz del sol
el Rey amando leal,
dadle tan solo un rival...
(Gritos del pueblo).
ese buen pueblo español.
(La Reina conducida por Margarita, entra y se dirige á la izquierda. Al abrirse las hojas en el fondo aparecen caballeros. y en primera linea Mendaña, Castilla y Grana; pajes y guardias que van desfilando hácia la izquierda).
- MARG. Ven.
- REINA. (Dentró con un grito de júbilo).

Mi esposo... Dicha entera!
Que mis brazos te reciban!...

MEND. Vivan nuestros Rayes!...

TODOS. Vivan!

MEND. (Dirigiéndose á la izquierda).

Todos adentro!

(Todos marchan á la izquierda, de modo que se note el movimiento al cerrar Quevedo las puertas).

QUEV. (Saliendo y cerrando tras de si las puertas).

Y yo afuera.

ESCENA XIV.

QUEVEDO.—Luego MARGARITA.

QUEV. Todos se van!—Yo me quedo.

—Bien; importe por importe,
si se restan con el dedo,
debe la córte á Quevedo
lo que Quevedo á la córte.

Todos, en tan fausto dia,
van á donde el viento vá
en revuelta algaravía ..

—Quevedo en tanta alegría,
quien de tí se acuerda ya?

(Margarita aparece; y al ver que Quevedo comienza á bajar por la izquierda, baja por la derecha mirándole con afán).

Con su ayer y sus historias,
un recuerdo,.. está perdido
siempre en el hoy de las glorias!...

Que al fin siempre las memorias
son merienda del olvido!

Tu presencia en tal morada
fuera un recuerdo importuno...

Y hoy al fin de la jornada,

al pensar todos en nada,

ya no piensa en tí ninguno.

En tí, ni aun despues de todo

—si á buena luz lo escudriñas—

pensarán... como el beodo

piensa, al empinar el codo,

en el que plantó las viñas,

—Quién se acuerda ya?... Lo sé...

(Baja el último escalon y se vuelve hácia la derecha; Margarita á

á su vez sigue el movimiento contrario).

Ninguno, ninguno...

(Viéndola).

Ah! Sí...

(Se acerca).

En este momento á fé

pensaba...

MARG. Comprendo en qué...

Y errásteis pensando así.

QUEV. Perdonadme... en tal momento...

MARG. Que así me ofendiéseis vos!

QUEV. (Con emocion).

Yo siento.

MARG. (Idem).

Tambien yo siento!

QUEV. Dulce y comun sentimiento,

que es el alma de los dos!

MARG. (Señalando al corazon).

Siempre aquí!

QUEV. (Idem).

Tambien aquí!

Inmenso, ideal, profundo!...

MARG. Digno de vos y de mí.

QUEV. (Asiendo las manos de Margarita).

Y eterno, eterno!

MARG. Sí, sí!...

—Pero que lo ignore el mundo!

QUEV. A ser nacimos quizás

siempre amantes...

MARG. Siempre buenos!..

Ay! venturosos... jamás!

(Separándose con dolor).

QUEV. Por qué yo no nací mas?

MARG. Por qué yo no nací menos?
—Lo hizo Dios... y él nos lo advierte:
un loco amor dió por fruto,
—no siendo comun su suerte—
á Villamediana muerte
y á la Reina llanto y luto!...
Tales son sus condiciones...
mí sosiego y vuestra vida
por fugaces ilusiones...
—Déense nuestros corazones
su postrera despedida!

QUEV. Qué desventurado soy!

MARG. (Con acento de persuasion).
Muerto fué Villamediana...
(Movimiento desdeñoso de Quevedo).
y la Reina...

QUEV. (Interrumpiéndola).

Basta.—Hoy.

mismo á mi villa me voy.

MARG. Bien! Yo á un convento mañana!

QUEV. Y allí con honda querella
diré á mi suerte cruel:
Por qué me separas de ella!
Y vos...

MARG. Yo diré á mi estrella;

Por qué me separas de él!

QUEV. (Con amargura).

Adios!

MARG. Adios!

QUEV. (Á parte y alejándose lentamente por la derecha).

(A la orilla

morir ahogado!... Oh tormento!)

MARG. (Idem, idem por la izquierda).

(Arde el llanto en mi megilla).

QUEV. (Con profundo dolor volviéndose desde la puerta).

No os olvidéis de la villa!!

MARG. (Llorando y volviéndose tambien desde el lado opuesto).

Pensad vos en el convento!!

ESCENA XV.

DICHOS.—MENDAÑA.—CASTILLA.—GRANA, con varios caballeros que en este momento aparecen abriendo las hojas del fondo y bajan á la escena. Al verlos Quevedo que ya iba á salir, se detiene notando un movimiento de terror en Margarita, que se esfuerza para ocultar su turbacion y sus lágrimas.

MEND. Su Alteza!...

QUEV. (Sonriéndose).

Mirad!... La Infanta
llora... de risa!...

MARG. (Con violencia).

Eso es...
chistes de Quevedo...

QUEV. Pues!

MEND. Mejor! Cuanta gracia. cuánta!

QUEV. Pues hoy con gracioso porte
yo, que mil gracias ensarto,
al fin, de mis gracias harto,
dejo, por gracia, la corte.

MEND. Y aun muy gracioso al marchar .

QUEV. Un chiste acerté á decir...

MEND. Que hizo á su Alteza reir...

QUEV. Pues; y de risa. . llorar.
Que unidos en un engaste,
por lo alegre y por lo triste.
una lágrima y un chiste
son... un chistoso contraste!

GRANA. Es verdad!

QUEV. Si bien lo mira
la excelente humanidad.
todo en el mundo es verdad!...

CAST. Todo!...

QUEV. Cuando no es mentira.

MEND. Ya que sin vuestra persona
en la corte nos quedamos,

qué de chistes aguardamos
de esa musa juguetona!...
Desde allá vos... ya lo sé:
sois en el chiste muy ducho!

QUEV. (A Mendaña).

Mucho! mucho!

(A Margarita).

Mucho.

(A todos).

Mucho...

MEND. Escribid!

QUEV. Escribiré

Que al surcar simples y mansos
las cortesanas espumas,
me han provisto ya de plumas
muchos, muchísimos gansos.
Y van dispuestos y prontos
en mi alquitara mental...
mil sonetos!

MEND. Mil!—Qué tal?

Sobre qué?

QUEV. Sobre los tontos.

Ya os tendré presente á vos...

(A todos).

La amistad... entre los dientes!

Y os tendré á todos presentes...

MARG. (Con angustia).

(Ay!!)

(Quevedo se detiene al movimiento de desesperacion que hace Margarita, la cual saluda á todos con una inclinacion de cabeza y se dirige á la graderia, profundamente afectada. Quevedo se dirige tambien á darle la mano para subir, despues de hacer á los cortesanos una seña, como si quisiera decirles: «Concluiré al punto.»)

(A Quevedo despidiéndose en la meseta y con profundo dolor).

Adios!

QUEV. (Idem, besándola la mano).

Adios!

(Margarita entra por el fondo. Quevedo, despues de seguirla con la vista, baja lentamente las gradas. Los cortesanos se agolpan á él, que los detiene con un ademan imperioso. Todos callan y Men-

daña se frota las manos maliciosamente, como quien aguarda muchos chistes).

(A todos con una risa violenta de amargo desprecio).

Adios!

(Quevedo atraviesa la escena; cálase el sombrero y vase por la derecha; los cortesanos se miran unos á otros y cae el telon).

FIN DEL DRAMA.

DICCIONARIO
DE
MODISMO

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLER

CON UN PRÓLOGO:

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno **32**—Precio: **2** reales
(Contiene los pliegos 94 á 96)

ADMINISTRACIÓN
LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO
calle de Preciados, número 23

MADRID

